

407

Independiente,

LOS INDEPENDIENTES,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ESCRITA EN FRANCES

POR MR. EUGENIO SCRIBE,

Y ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR DON VENTURA DE LA VEGA.



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

—
1842.

PERSONAS.

ACTORES.

DERBON, empleado. . .	<i>D. Julian Romea.</i>
EMILIA, su muger. . .	<i>D.^a Teodora Lamadrid.</i>
LEONOR, hermana de Emilia.	<i>D.^a Matilde Diez.</i>
RENVAL, diputado. . .	<i>D. José Garcia Luna.</i>
EDUARDO, su sobrino. .	<i>D. Florencio Romea.</i>
MARIANA.	<i>D.^a Gerónima Llorente.</i>
UN CRIADO.	<i>D. Juan Fernandez.</i>
UN NOTARIO.	

La escena es en París.

Esta comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algún teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real orden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

Una sala en casa de Derbon. Puerta en el fondo y dos laterales.

ESCENA PRIMERA.

DERBON, vestido, y dispuesto á salir. EMILIA.

Emilia. Ea, vete á la oficina.

Derbon. Ya me voy.

Emilia. Vas á llegar tarde.

Derbon. Si ya me voy! Es mucha esclavitud esta! Cuándo seré yo independiente?

Emilia. Cierto que la esclavitud es grande! Salir de casa á las once, despues de haber almorzado bien; llegar al ministerio, calentarse á la estufa, leer los periódicos, hablar de política ó de teatros, y trabajar cuando queda tiempo....

Derbon. Muger!...

Emilia. Salir á las cuatro... ó antes; y que la cosecha sea mala, que las viñas se sequen, volverse á casa tan contento, mirando los anuncios y las estampas, comer con buen apetito, y pasar un rato charlando con su muger: hé aqui la vida del empleado. Y por este gran trabajo cobrar seis mil francos anuales. (*Viendo que va á hablar.*) Vamos, calla, y resignate con tu fortuna... sí, con tu fortuna; porque eres el hombre mas afortunado de la tierra.

Derbon. Bien, eso sí; pero no soy independiente, no soy dueño absoluto de mí mismo; y la independencia es el primero de los bienes!

Emilia. No tenemos ahora tiempo de discutir ese punto:

ya debias ir andando: vamos, vete, para volver temprano.

Derbon. Ya me voy; deja antes que me de un calenton á los pies. (*Se acerca á la chimenea.*)

Emilia. Hoy comemos en Passy, en casa de tu gefe de seccion.

Derbon. Es mucha tiranía!

Emilia. Es un excelente sugeto, que nos colma de obsequios; nos ha convidado para hoy, y no podemos rehusar.

Derbon. Pues eso es justamente lo que me fastidia. Tener que aceptar porque no se enfade, porque es mi gefe: eso es vergonzoso, es humillante! Para mí es insupportable toda especie de obligacion!

Emilia. Y se lo dices á tu muger!

Derbon. Esceptuando esa. Ya sabes que tú eres aqui quien manda.

Emilia. No, que eres tú; y asi debe ser.

Derbon. Es verdad; pero yo mando siempre lo que tú quieres.

Emilia. Tambien debe ser asi en los buenos matrimonios, y por eso lo es el nuestro. Todo nos sale bien! Eres gefe de mesa á los treinta y dos años; tienes una hija como un sol; y ademas tendremos en nuestra compañía á mi buena hermana Leonor, que no la veo hace ya cinco años, y que hoy debe llegar.

Derbon. Y es cosa decidida que vendrá á vivir con nosotros?

Emilia. Tú lo has dispuesto!

Derbon. Porque tú me lo has aconsejado; pero si te he de decir lo que siento, tu hermana no es santo de mi devocion.

Emilia. Bueno es eso! Pues cuando te presentaron hace cinco años en casa de la tia, á quien primero dirijiste tus obsequios fue á ella.

Derbon. Yo!

Emilia. Cosa natural! era la hermana mayor, y ademas muy guapa!

Derbon. Eso será no viéndote á tí; porque tú, Emilia, eres tan buena, tan cariñosa, tan linda, que no puede uno menos de quererte: tienes un encanto, que le atrae á uno sin sentirlo! Pero tu hermana... vamos, á

pesar de su talento y su filosofía, y todo eso que sabe... cuanto mas la veo mas me desagrada.

Emilia. Y eso, por qué?

Derbon. Porque es demasiado independiente: no quiere hacer mas que su voluntad: no hay lazo en el mundo que la sujete.

Emilia. Pues eso hubiera debido gustarte: tú eres justamente como ella...

Derbon. Ya; pero hay diferencia. En un hombre es natural; pero una muger...

Emilia. Hola! me gusta! Tú eres de esos que no quieren la libertad sino para sí solos! Mi hermana es partidaria del celibato, por inclinacion y por sistema: apenas tiene con que vivir, y sin embargo ha despreciado excelentes proporciones de jóvenes ricos y amables que la adoraban. Su orgullo no la consiente tener dueño: su franqueza la impide ser coqueta; así es que les declaró su resolucion de no casarse jamás; y para probarlo y no dejarles la menor esperanza se retiró á Bretaña, en compañía de su madrina, que acaba de morir.

Derbon. Sí; una solterona vieja, que profesaba los mismos principios.

Emilia. No se ha separado de ella en cinco años.

Derbon. Los habrá pasado divertida!

Emilia. Mucho lo dudo!—Pero tú sí que te estás divirtiendo, y vas á llegar tarde á la oficina.

Derbon. Tú tienes la culpa! Me estás hablando, y no sabes que cuando hablas no puede uno separarse de tu lado!

Emilia. Esa zalameria es un pretexto para ganar tiempo. Vamos, toma el sombrero... el paraguas... te has puesto los chanclos?

Derbon. No: tomaré el omnibus... que es el coche de los empleados.

Emilia. Como quieras... pero anda!

Derbon. Ay! que no le he dado un beso á la niña y se va á enfadar... (*Vuélvese, y ve salir á Renval.*)

REIVAL. DERBON. EMILIA.

Derbon. (Yendo á él y abrazándolo.) Oh! mi querido Gaspar!

Renval. Bien me habian dicho, que aun estabas en casa.

Derbon. Y me alegro; porque hubiera sentido no verte.— Te presento á Emilia mi muger. (*A Emilia.*) Gaspar Renval... condiscípulo mio en la escuela de derecho... cuando yo estudiaba derecho... para ser abogado!... carrera soberbia... que abandoné por la esclavitud de empleado. Este lo ha hecho mejor; ha permanecido independiente... dueño de sus acciones! Es abogado de crédito; nunca habla en los tribunales sino en la tribuna... como es diputado!... ó á lo menos lo era cuando se disolvió la cámara.

Renval. Y lo soy todavía: acaban de reelgirme.

Derbon. Te doy la enhorabuena! Y cuándo has llegado á París?

Renval. Ayer tarde.

Derbon. Vienes á la apertura?

Renval. Pues! y mi primer visita es á ti.

Derbon. (*Dejando el sombrero en una mesa.*) El bueno de Gaspar!... siéntate, siéntate!

Emilia. (*Aparte á Derbon.*) Pero hombre, y la oficina?

Derbon. (*Id.*) Eh! media hora mas ó menos... no creas que alli se repara tanto...

Emilia. (*Id.*) Pues y la tiranía del ministro de que hablabas antes?...

Derbon. (*Id.*) Él no se informa de eso! Y si lo supiera, le diria que me habia entretenido con un diputado... un diputado, íntimo amigo mio, y ya no me diria nada. Al contrario, puede que me diese un ascenso!

Renval. Estás ocupado?

Derbon. No! no tal!

Emilia. Bien: tú eres quien manda: haz lo que mejor te parezca, yo me voy con mi hija. (*Saludando á Renval.*) Caballero...

ESCENA III.

REVAL. DERBON.

Derbon. (Con tono de superioridad.) Bien, hija, bien!—
Escelente muger! Si algun dia te casas, ojalá encuentres una como esta!

Renval. Yo casarme! Puede que lo haga por razones de conveniencia ó de interés; pero hasta la presente, gracias á Dios, soy soltero.

Derbon. Cosa rara! Tú, que siempre has sido tan enamorado!

Renval. Pues por eso mismo. Un hombre soltero...

Derbon. Ya! como anda suelto, puede variar de conquistas... y tú las tendrás...

Renval. Oh! mas de las que quiero!

Derbon. Qué felicidad! Eso se llama vivir como hombre! Si yo no hubiese sacrificado mi independendia, lo pasaria como tú... de conquista en conquista... ese es el mejor empleo!

Renval. Sin duda!... Y á pesar de los contrincantes... lo digo sin vanidad! porque, hablando en plata, esos triunfos amorosos no los debo tanto á mí como á mi riqueza, á mi posicion política. Hé adquirido fama en la tribuna... soy de la oposicion... siempre de la oposicion... hablo contra todo... tengo ese compromiso... pero soy independiente!

Derbon. Es mucha felicidad!

Renval. Con esa condicion me han hecho elegir diputado mis amigos políticos: por una provincia...

Derbon. Donde serás muy conocido?

Renval. Nunca habia puesto en ella los pies!

Derbon. Ya! por evitarles el trabajo de andar buscando uno entre ellos...

Renval. Qué quieres? Allí estan ocupados con su vendimia y no tienen tiempo para pensar en elecciones: era preciso dársela hecha. En las provincias es siempre así: todo va de la capital; y el candidato que se les envía de Paris les parece siempre mejor que cualquiera de allí... cualquier pobre propietario, que vendria sin saber hablar. No sabes tú el efecto que les hace, cuando

reciben los periódicos, y dicen: "Nuestro diputado ha hablado!"

Derbon. Aunque no hable de ellos?

Renval. No importa! Siempre es honor para la provincia. Y conmigo tienen esa ventaja: yo llevo siempre la contraria: nunca pienso como los demas: cuando se unen á mi opinion, ya soy yo de otra: oh! la independencia lo primero!

Derbon. Tienes razon! El hombre ha de ser libre! no ha de someterse á nada!... mientras que yo, teniendo que dar razon á los pretendientes, que obedecer al gefe de seccion, al subsecretario, al ministro, á todo el mundo!... esclavo del poder! atado á mi mesa como un galeote! (*Sacando el reloj.*) Ya va á dar la una... casi es escusado que vaya hoy.—En fin, amigo mio, esto de empleado es una esclavitud perpétua! al paso que tú...

Renval. Yo me rio de todo! soy superior á todo!... no necesito de nadie!

Derbon. Qué fortuna!

Renval. Y venia á pedirte un favor...

Derbon. Dilo, dilo!

Renval. Ya te he dicho que no he querido nunca esponerme á los azares del matrimonio. Es un yugo!... la muger, los hijos que hay que educar!—Pero, ya se ve, suele uno tener deslices y encontrarse con algun ahijadillo...

Derbon. Tú tienes alguno?

Renval. De mis relaciones con cierta joven... me hallé con uno... pero no lo he reconocido, ni nadie lo sabe mas que tú. Guapo muchacho, eso sí. Le he criado en mis principios para hombre independiente...

Derbon. Y qué tal? progresa?

Renval. Nada!... es decir, si se llama independencia no querer estar en el colegio donde lo puse: dice que él no obedece á maestros!... ni en casa de un abogado, donde lo coloqué... en fin, ninguna profesion le acomoda. No quiere ser nada mas que independiente.

Derbon. Pues esa es una gran profesion!

Renval. Conque he pensado en emplearlo. Dime, podrias tú, para que empezase, hacerlo entrar de escribiente en tu oficina?

Derbon. Le hablaré á mi gefe de seccion: justamente hoy

como con él en Passy... Oh! y en cuanto sepa que es cosa tuya...

Renval. Guárdate de decírselo! Yo no puedo sonar en esto, porque en mi posición de diputado independiente...! si yo le pidiese algo al poder... uf! todos mis amigos políticos me caerían encima.

Derbon. Conque no eres dueño de hacer lo que quieres en eso?

Renval. No amigo mio! Y por eso me fío de tu amistad y de tu reserva. Por mi parte, dispon de mí: si puedo servirte de algo... darte una posición independiente...

Derbon. Eso, eso! es lo único que me falta para ser feliz! Los seis mil francos que me da el gobierno son un peso! un peso... que yo quisiera aumentar! Porque seis mil francos teniendo mujer y chicos, no son nada.

Renval. Yo puedo hacer que tengas doce, y quince, y mas! Toma acciones en los caminos de hierro: yo soy uno de los administradores... dan un cincuenta por ciento de beneficio. Si quieres 25 acciones, no tengo que hacer mas que decírselo á mi sobrino el agente de cambios...

Derbon. Hola! tu sobrino es agente de cambios?

Renval. Sí; el mayor de los dos: Enrique Lambert; y su hermano Eduardo es militar... ya es coronel... y ayudante de campo del Príncipe, y muy querido en la corte: excelente joven: vive ahora conmigo.

Derbon. Cómo es eso? A pesar de pertenecer á palacio? Y tus amigos políticos?

Renval. Algo gruñeron; pero al fin me han permitido ser tío.

Derbon. Ya! como eso no es empleo con sueldo...

Renval. Qué ha de ser! al contrario!—Y á propósito: no sé qué solicitud tiene en el ministerio de la Guerra; yo le he aconsejado que se dirija á tí: allá habrá ido á verte á tu oficina.

Derbon. Ha ido hoy á mi oficina?

Renval. Sí, amigo mio.

Derbon. Pues ha hecho mas que yo, que hoy no he puesto en ella los pies. Y el pobre se habrá llevado chasco!

Eduardo. (*Dentro.*) Con qué está en casa el señor Derbon!

Renval. Mira! él es!... no ballándote allá, te viene á perseguir á tu casa.

ESCENA IV.

DICHOS. EDUARDO.

Derbon. (Yendo á recibirlo.) Muy bien venido!.. Pase usted adelante, señor Eduardo!.. Aquí viene usted á su casa, y se encuentra usted con conocidos.

Eduardo. Ya veo, caballero, que mi tío ha tenido la bondad de anunciarle á usted mi visita.

Renval. Verdad es; y te dejo con Derbon; es un antiguo amigo, que te concederá lo que le pidas. Yo voy á buscar á tu hermano Enrique para un negocio suyo... en la bolsa le encontraré.

Derbon. Cuánta bondad!

Renval. Verás, verás, qué pronto tienes aquí los cupones.

Derbon. Y el dinero... cuándo?

Renval. No se necesita dinero! compras para vender... y vendes para comprar... Déjate tú dirigir: yo arreglaré el negocio como si fuera para mí. (Se vá.)

ESCENA V.

DERBON. EDUARDO.

Derbon. Esto se llama un amigo! Y celebro que se presente ocasion de servirle... á él, ó á cualquiera de su familia.

Eduardo. Yo siento mucho venir á distraer á usted de sus muchas ocupaciones.

Derbon. Oh! lo que es eso, no tiene usted una idea de lo sujeto que estoy! En toda la mañana no he podido salir de casa. Mientras que usted... ya se ve!.. jóven... militar... Esa sí que es hermosa profesion. Sin obligaciones... sin cadenas... libre, independiente como el aire!..

Eduardo. Oh! no lo crea usted! Al contrario: nosotros dependemos de todo el mundo; y esta visita se lo prueba á usted. Hace tiempo que mi tío, mi hermano, to-

dos mis amigos me estan predicando que me case: yo conozco que tienen razon, y sin embargo cedo á la fuerza á sus instancias. Pero un militar no puede casarse sin licencia: yo me dirigí al rey, el cual me respondió; «Eso no depende de mí.»

Derbon. Calla! el rey no puede!

Eduardo. No señor. Me dijo: «Vea usted al ministro.» — Fui allá, y el ministro me dijo: «Eso es cosa del señor Derbon, que tiene ese negociado: que me dé cuenta.»

Derbon. Es verdad! Yo despacho esa mesa; y le ofrezco á usted no hacerle esperar.

Eduardo. Doy á usted mil gracias.

ESCENA VI.

EDUARDO. DERBON. EMILIA.

Emilia. (Sonriendo.) Qué es eso! has vuelto ya de la oficina?

Derbon. (Cortado.) Sí, hija mia... sí... (A Eduardo para cortar la conversacion.) Permita usted que le presente á mi muger, á quien usted no conocia.

Eduardo. (Volviéndose para saludarla.) Cielos!

Derbon. Se ha turbado! (A Emilia.) Es extraño... verdad?

Emilia. (Turbada.) Sí!.. cierto!..

Derbon. Calla!.. y tú tambien! Qué quiere decir esto!

Emilia. Que hace cinco años que no veo al señor; pero somos conocidos antiguos.

Derbon. Cómo!.. cinco años!.. es decir, antes que nos casáramos.

Emilia. Precisamente! Este caballero iba á menudo á casa de mi tia...

Derbon. Con intenciones...

Eduardo. (Sonriendo.) Honestas!

Derbon. Y era por tí?

Emilia. No; era por mi hermana.

Eduardo. Ah! No me recuerde usted aquel tiempo! Todo he procurado olvidarlo... escepto el generoso apoyo, y el vivo interes que merecí á V. entonces. Pero no estaba de Dios, sin duda, que se lograsen mis deseos, cuando

ni aun la proteccion de usted pudo hacer que triunfase mi escaso mérito.

Derbon. Mi cuñada le desairó á usted?

Eduardo. Sí, señor; y del modo mas claro y terminante.

Derbon. Esa maña tiene. Es una estravagante. Si yo me hubiera casado con una muger por ese estilo...

Emilia. Ya sabes que ella no quiere casarse.

Derbon. Y hace bien!

Emilia. Entonces de qué la acusas?

Derbon. (*Turbado.*) Yo no la acuso... digo solamente que... yo... (*A Eduardo.*) Voy, voy á poner al despacho el espediente; y si usted tiene la bondad de enviarme nota del nombre, apellido &c. de la futura...

Eduardo. Yo mismo iré á llevársela á usted.

Derbon. Corriente. (*Se va por la izquierda.*)

ESCENA VII.

EDUARDO. EMILIA.

Eduardo. Sin duda me tachará usted de ingrato, señora, por no haber venido á verla en tanto tiempo; pero ha de saber usted que me ausenté de Francia. Una comision, que yo mismo solicité, me ha tenido lejos de aqui algunos años; y á mi vuelta, no me atreví á venir á ver á usted, por temor de hallar aqui á su hermana.

Emilia. Pues no estaba aquí: vivia en la Bretaña.

Eduardo. Ah! si yo lo hubiera sabido.

Emilia. Pero debo advertir á usted que hoy la estoy esperando.

Eduardo. (*Yéndose.*) Hoy! Adios, señora, adios!

Emilia. Hasta ese punto teme usted su presencia? Mucho debe eso lisonjearla!

Eduardo. No haga usted tanto honor á mi constancia: esto es solamente por evitarla un encuentro desagradable... pues lo que es yo, he cedido ya á la razon: estoy curado; y la prueba es que puedo hablar de ella tranquilamente, y de los tormentos que he padecido: ya todo ello no son mas que recuerdos. Bien sabe usted si yo la he querido! Su hermosura, su talento, la nobleza de su caracter, la misma amistad que me manifestaba, todo alentó mi amor; y luego yo era rico, y ella

no lo era; circunstancia que acabó de animarme, y me decidí á poner á sus pies, lleno de esperanzas, mis riquezas y mi vida.—Ah! qué desengaño aquel! qué hielo corrió por mis venas cuando oí á aquella muger, que yo suponía amante y sensible, calcular delante de mí con una frialdad espantosa todos los azares del matrimonio! demostrarme que para la felicidad de entrambos convenia que permaneciésemos libres!.. que este era su designio!.. Cuando yo ansiaba darle mis bienes, mi libertad, mi existencia!.. Y lo mas terrible era que no habia otro obstáculo: ese era el único! Oh! si ella hubiera amado á algun otro, si yo hubiera tenido rival... qué mayor felicidad!.. le hubiera muerto, ó él me hubiera librado de padecer. Pero nada de eso! Mi amor se estrellaba únicamente contra su voluntad, contra un sistema egoísta en que su talento y su frialdad le daban una inmensa ventaja: yo la queria demasiado para poder raciocinar, y á todos sus sofismas no respondia otra cosa que: yo la amo á usted.—Argumento inútil, que no persuade sino á los que sienten amor.—En fin, no hablemos de aquel lance; porque es capáz de despertar cólera y odio en un corazon que no quiere ya abrigar mas que dos cosas: olvido y amistad!

Emilia. Pobre Eduardo!

Eduardo. No señora, no: yo no estoy ya en el caso de escitar compasion: ya veo claro; la hago justicia; pienso del mismo modo que ella; con semejante caracter no hubiéramos sido felices casándonos: quiera Dios que así lo seamos... á lo menos ella; porque á mí el despecho me habrá hecho injusto, pero no indiferente.—Y qué hace ahora? qué es de ella? cuál es su suerte?

Emilia. Muy tranquila, segun creo: sigue defendiéndose con tenacidad. Se ha propuesto ser solterona, y ya lo va consiguiendo: tiene á esta fecha 25 años! ya ha entrado en la mayor edad; límite terrible que en una soltera es el que separa la juventud de la edad madura.

Eduardo. Y siempre ha vivido en esa provincia?

Emilia. Con su madrina: una señora de mucho mérito, de quien habrá usted oido hablar, sin duda. Una muger muy rica, que, como mi hermana, tampoco ha querido nunca casarse, y se refugió en sus haciendas

para dedicarse á cultivar las bellas artes y la literatura: Adelaida de Vaucresson.

Eduardo. Oh! una marisabidilla! una poetisa!

Emilia. Que ha hecho versos magníficos!

Eduardo. Ay! me asusta V. Esa es enfermedad que se pega! Será cosa de que tambien su hermana de V...

Emilia. No; ella no.

Eduardo. Respiro! no aspiraba yo á tanta venganza! Y por qué se vuelve á Paris?

Emilia. Porque su madrina ha muerto; y Leonor viéndose sola en el mundo, ha cedido por fin á mis instancias y se viene aquí á vivir conmigo.

Eduardo. La doy la enhorabuena, porque V. que es tan juiciosa y entendida, logrará acaso con su influencia, y mas aún con su ejemplo, vencer sus preocupaciones, y hacerla entrar en razon.

Emilia. (Sonriendo.) En razon, dice V.? Y sé yo acaso en cuál de los dos caminos está la razon? No me toca á mí decidir la grave cuestion del matrimonio y del celibato.

Eduardo. Pues usted, señora...

Emilia. Yo!.. lo que es yo soy la mas feliz de las mugeres: tengo un marido escelente; una hija que amo con delirio; un bienestar suficiente; porque con orden y economia he logrado que no carezcamos de nada; paz interior; distracciones honestas; alegría; algunos buenos amigos... cuyo número creo que acaba de aumentarse con usted: esta es mi suerte. Pero es asi siempre el matrimonio, ó soy yo una escepcion? No lo sé!.. y de todo ello no me atrevo á deducir mas, sino que debo dar gracias al destino, y decir á cada paso: soy enteramente feliz.

Eduardo. Ah! y merece usted serlo! y mas feliz debe ser todavia el que ha sabido apreciar y descubrir en usted tanta bondad y tanto juicio!

Emilia. Amigo mio, es usted demasiado indulgente, ó demasiado galante: lo que yo exijo de usted no son cumplimientos, sino franqueza. Yo que soy muy clara le diré á usted que haria un escelente marido... y la especie va escaseando. Con que, vamos, cómo es que no se ha casado usted?

Eduardo. Ahora estan tratando de ello: me han buscado

una novia que me conviene mucho, segun dicen; tiene pocos bienes, pero un apellido ilustre!.. familia nobilísima!

Emilia. Enhorabuena.

Eduardo. Mucho tiempo he estado indeciso; y aunque se va acercando el momento... creo que aun no estoy determinado.

Emilia. Y por qué? Acaso el fisico...

Eduardo. Oh! muy guapa.—Pero lo pasado... (*Mirándola.*) y sobre todo lo presente, me han hecho tan delicado de gusto...

Emilia. (*Prestando el oído.*) Oiga usted! es un coche... Mi hermana, sin duda!.. Sí; ella es!

Eduardo. La dejo á usted.

Emilia. Por qué?

Eduardo. (*Turbado.*) Después de una ausencia tan larga querrá estar sola con usted, y yo sacrifico el gusto de vérla al temor de ser indiscreto. (*Saluda y se va por el foro.*)

ESCENA VIII.

EMILIA. LEONOR. MARIANA, por la derecha.

Leonor. (*Abrazando á Emilia.*) Hermana mia!

Mariana. (*Mientras las dos hermanas se abrazan.*) Si usted se dejára llevar de mis consejos...

Leonor. Basta ya, Mariana! Va usted á empezar de nuevo el sermón? No hay en el mundo muger más terca que usted.

Mariana. Puede que no. (*Enseñándola un papel.*) Aquí tiene usted el billete de la diligencia, en que consta todo el equipage. Si luego la han cambiado á usted en la administracion la maleta y la caja del sombrero... eso no es culpa mia. Dos mugeres solas por esos caminos!

Leonor. Basta, basta.

Mariana. Ni puede una hacerse obedecer... ni el mayoral la hace á una caso. Esta señorita no puede ver que ningun hombre la acompañe!

Leonor. Así me acomoda.

Mariana. Y si el objeto es que no se lo cuenten á una por cortejo, maldito lo que se adelanta. En vez de uno

hemos traído cinco ó seis. No hay viagero joven que no se crea con derecho de decir chicoleos.

Emilia. (Riendo.) De veras?

Leonor. No, hermana. Esta Mariana de todo se asusta.

Mariana. Que de todo me asusto? Y las libertades y los cuentecillos que hemos tenido que tolerar? Lo que es por mí, pase; yo puedo oír cualquier cosa; pero á cada momento tenia que hacerlos callar, diciéndoles: caballeros, por Dios! que mi señorita es soltera!.

Leonor. (Impaciente.) Mariana! Mariana!

Mariana. Y no fue poco que me hicieran caso, y emprendieran otra conversacion mas decente... salvo alguno que otro equivoquillo acerca de solteras talluditas... de vestir imágenes... y otras indirectas sobre las cuales era preciso hacerse una la desentendida.

Leonor. Mariana, he dicho que basta. Le mando á usted que calle!

Mariana. Ya me callo, señorita. Pero es cosa muy desagradable... Y si mi difunto marido hubiese venido con nosotras...

Emilia. Ha sido usted casada?

Mariana. Tres veces, señora.

Emilia. Oh! pues aqui tengo una poderosa aliada; un argumento vivo que prueba en favor del matrimonio.

Leonor. Que prueba la paciencia de Mariana; hay gentes que tienen placer en obedecer.

Mariana. Jesus! qué está usted diciendo! Nunca he sido mas libre que en tiempo de mis tres amos... quiero decir, de mis tres maridos. Yo hacia lo que me daba la gana. Pero desde que quedé viuda, y entré en casa de la señora Adelaida de Vaucresson, su madrina de usted...

Emilia. (Aparte á Leonor.) Ah! la traes de allí?

Leonor. Sí; mi madrina la queria mucho, y me la ha dejado recomendada: es un legado que me ha hecho...

Emilia. Pues casi debias renunciar la herencia.

Leonor. (A Mariana.) Vaya usted al cuarto que mi hermana me ha destinado; arregle usted alli las cosas, y en seguida saldremos.

Mariana. Salir, señorita!.. Despues de un viaje como éste, y tan cansada como usted está. Lo que debe usted hacer es descansar.

Leonor. Bueno seria; pero tengo diligencias que hacer, y no puedo salir sola.

Mariana. Si usted no cuida su salud, yo debo mirar por ella. Sí, señorita! no quiero que se ponga usted mala; mañana habrá tiempo de hacer esas diligencias; y ya á estas horas no encontrará usted al agente que va á buscar.

Leonor. (*Impaciente.*) Bien, bien!.. Basta de hablar sobre este asunto.

Mariana. (*Aparte.*) Qué humor tiene siempre! Estas solteronas qué desagradecidas son, y qué descontentadizas! (*Váse.*)

ESCENA IX.

EMILIA. LEONOR.

Emilia. Hermana mia! cuánto deseaba abrazarte y verme á solas contigo! Creí que no se marchaba en todo el dia.

Leonor. Como mi madrina era tan buena la ha dejado tomar tantas alas...

Emilia. Y sigue tomándolas contigo; porque segun veo ella es el ama.

Leonor. Sí... en las pequeñeces...

Emilia. Es que la vida doméstica no se compone de otra cosa; y bien mirado, me parece que vale mas que á una la mande su marido que no su doncella. Y qué es lo que decia del agente? Andas ahora en pleitos?

Leonor. No; pero mis bienes estan algo en desorden; no me dan bien las cuentas, y necesito...

Emilia. Tú te empeñaste en administrarlos.

Leonor. Mucho que sí. Para no depender de nadie. Pero no acabo de entenderme con los notarios y los procuradores. Cómo haces tú?

Emilia. Yo! Eso lo hace mi marido. El ha estudiado y entiende esos negocios: yo no me mezclo en nada. La que tiene marido... tiene mayordomo, á poderado, administrador...

Leonor. Ya!

Emilia. Yo te diré quién es su notario.

Leonor. Me acompañarás á verlo?

Emilia. Para qué?

Leonor. No puedo ver las entrevistas... aunque sea con un notario! Y ahora que todos son jóvenes!... El año pasado tuve que tratar de estos asuntos con uno de ellos... y ya se propasó á decirme flores...

Emilia. Es cosa singular! todo el mundo se atreve! Pues yo, siendo mas jóven que tú, voy sola á todas partes, y nadie me dice nada.

Leonor. Ya! es distinto! tú eres casada.

Emilia. Salgo cuando quiero; vuelvo cuando se me antoja; doy el brazo á quien me parece...

Leonor. (*Impaciente.*) Ya! tú eres casada!

Emilia. Qué rareza! Yo que soy esclava, hago lo que quiero: y tú, que eres libre é independiente...

Leonor. Eso es ahora! pero dentro de algunos años tambien tendré mis derechos...

Emilia. Si, cuando seas vieja! Gran privilegio; pero que cuesta muy caro!

Leonor. Entretanto, cuando salga, iré con tu hija.

Emilia. Si tiene cuatro años!

Leonor. No importa: ya es compañía... ya lleva una cubierto el espediente...

Emilia. (*Riendo.*) Pobre Leonor! Empeñada en no necesitar de nadie, y teniendo que depender de todos... hasta de una niña de cuatro años!...

Leonor. Qué disparate! Eso es porque quiero: yo no necesito de nadie.

Emilia. Sí! en reduciéndose á vivir aislada!...

Leonor. (*Con despecho.*) Y eso seria lo mejor! Nuestra posicion en el mundo es tan falsa, tan injusta, tan absurda! Una muger casada, aunque no tenga mas que diez y seis ó diez y ocho años tiene derecho de hablar y decir cuauto quiera, y yo apenas le tengo de escuchar. Al menor equívoco necio que se le escapa á cualquier fátuo, todos me dirigen miradas maliciosas para ver si lo he comprendido, y para acusarme si no me pongo colorada; y si con un ademan ó una palabra reprendo al decidor y le hago callar, empiezan á cuchichear y á llamarme gazmoña y mogigata, que son los dictados que llevamos nosotros de derecho, los atributos obligados del celibato! Esto nos irrita, nos altera, nos hace ser realmente malas, murmuradoras, satíricas, y logran por

En que lo que era una calumnia se convierta en una verdad. Dígalo mi pobre madrina, con quien he pasado los cinco años mas tristes y desconsolados de mi vida!

Emilia. Cómo! siendo íntimas amigas!

Leonor. Sí, nos queríamos mucho, pero siempre estábamos disputando. Y en qué habíamos de emplear el tiempo?

Emilia. Pues si alguien en el mundo pudiera no echar de menos la sociedad y la familia, era ella: con su afición á las artes y á la poesía...

Leonor. Es verdad! ella lo reunía todo: sentimientos nobles, mucha instruccion, gran talento; pero la soledad la aburría: no sabia que hacerse, y buscaba en su fantasía lo que no podia encontrar en su corazon. Yo escuchaba con placer sus versos, que son escelentes!... pero ya los sabia de memoria! Y aquello de andar siempre por los cielos!..... en poesía no se vive; la vida es prosa. Asi es, que cansada de habitar por los espacios aéreos, me iba á buscar descanso, conversando con la buena de Mariana: esa era mi única distraccion, y me moria de fastidio. Pero asi que vi á mi pobre madrina enferma, todo lo olvidé; y en sus últimos momentos, aquel corazon que yo juzgaba insensible y egoísta; conmovido sin duda al ver mi ternura y mis cuidados, me manifestó tanto amor y gratitud, que me arrepiento de haberla juzgado tan mal... de no haber adivinado lo que habia en él!

Emilia. Y siendo, como era, tan rica, y sin parientes, algo te habrá dejado?

Leonor. Para qué? yo no necesito nada: tengo bastante para vivir sola.

Emilia. Sola!... (*Sonriendo.*) Ahora me alegro que no te hayas encontrado aqui hace un momento con nuestro antiguo amigo Eduardo Lambert; hubiérais renovado aquellas disputas...

Leonor. Ah! Eduardo estaba aquí?

Emilia. Se marchó en cuanto anunciaron que llegabas.

Leonor. Fiel á sus principios, es probable que en este tiempo los haya puesto en práctica: se habrá casado!...

Emilia. Todavía no.

Leonor. Ah!... todavía no!

Emilia. Pero no tardará: ya le han buscado una novia y van á casarlo pronto.

Leonor. Le daré mi enhorabuena, y á la novia tambien.

Emilia. A ella desde luego! porque Eduardo es un joven escelente, lleno de mérito... — Ah! mira... aqui te presento á mi señor marido.

ESCENA X.

DERBON. EMILIA. LEONOR.

Leonor. Oh! mi querido cuñado!...

Derbon. Celebro mucho!... cuánto tiempo hacia que no nos veíamos!..... (*Aparte á Emilia.*) Ay! qué aviejada está!

Emilia. Quieres callar!

Derbon. (*Aparte á Emilia.*) Las solteras en llegando á esa edad al momento se ajan. No eres tú así!... qué diferencia!...

Leonor. Qué te dice?

Emilia. Nada... me habla de tu habitacion... es preciso disponerla de modo que estés á tu gusto y con entera independenciam. (*Hablan bajo las dos.*)

Derbon. (*Aparte.*) Ese Renvál me acaba de enviar los cupones de su camino de hierro... y como es la primera cosa en mi vida que hago sin consultar á mi muger... estoy con una desazon!... (*Acercándose.*) Emilia... quisiera hablarte...

Emilia. Luego, luego!... Ahora estoy con mi hermana...

Derbon. Bien, pero no quieres que salgamos?

Emilia. A qué?

Derbon. A dar un paseo.

Emilia. No.

Derbon. Pues no salgamos!... Pero tú no sabes que el señor Renvál acaba de estar aquí?

Emilia. Renvál!... yo conozco ese nombre... el conde de Renvál?

Derbon. Justamente!

Leonor. Ese es un pariente lejano... un primo de la Baronesa de Vaucresson, mi difunta madrina!

Emilia. Y ademas tio de Eduardo.

Leonor. (*A Derbon.*) Y qué?

Derbon. (*A su muger con empacho.*) Me ha estado hablando de caminos de hierro... y de las acciones, que segun dice, son muy ventajosas.

Emilia. Y á nosotros qué nos importa?

Derbon. (*Titubeando.*) Si tomáramos unas cuantas... qué te parece?

Emilia. Eso es para la gente especuladora; pero no para un empleado que no entiende esos asuntos.

Derbon. Pero es que los demas tampoco entienden gran cosa en ese negocio.

Emilia. Por eso toman acciones.

Derbon. Pues él me habia propuesto...

Emilia. Dile que no...

Derbon. Y qué pretexto le doy?

Emilia. Dile: «mi muger no quiere.»

Derbon. Bien; pero, y si pregunta por qué no quiere.

Emilia. Por qué no quiero.

Derbon. Es verdad! eso no tiene respuesta.

Emilia. (*A Leonor llevándosela.*) Vamos, hermana.

Leonor. (*Aparte á Emilia.*) Estoy admirada! Tener un marido esa sumision!

Emilia. (*Sonriendo.*) Ya ves! esta es la esclavitud que tenemos las casadas. (*Se van por la izquierda.*)

ESCENA XI.

DERBON. *Luego* RENVAL.

Derbon. Pues señor, no queriendo mi muger, será preciso que Renval se vuelva á llevar sus cupones. (*Viéndole salir.*) Hola! tú por aquí! Cómo es que vuelves tan pronto?

Renval. Y me alegro de encontrarte! Tengo que pedirte noticias acerca de una persona que tú conoces: una joven de provincia... solterona... que se llama Leonor Delarose...

Derbon. Ya lo creo!

Renval. Me han dicho que viene á ser como parienta tuya.

Derbon. Mi cuñada... hermana de mi muger.

Renval. Hola! pues dime á donde podré dirigirla una carta.

Derbon. Si está en Paris... vive aquí con nosotros.

Renval. Mejor que mejor! Acabo de recibir de Bretaña unos papeles que tenia que enviarla... se los entregaré en su mano, si tú lo permites.

Derbon. Aguarda... Quería hablarte acerca de estas acciones...

Renval. Hola! has recibido ya los cupones?

Derbon. Sí, amigo mio.

Renval. Es un gran negocio! Mi sobrino, el agente, los compró á un precio muy bajo... y antes de cerrarse la bolsa, ya habian subido.

Derbon. Si?... pues me alegro... porque iba yo á pedirte que me hicieras el favor de llevártelos.

Renval. Y por qué? tienes miedo?

Derbon. No: eso no...

Renval. Pues entonces, por qué?

Derbon. (Con empacho.) Porque... porque... mi muger no quiere.

Renval. (Riéndose.) Ah, ah! Tu muger no quiere!... Hombre... con que tú no mandas aquí?

Derbon. (Con viveza.) Si que mando!

Renval. Tu muger es el ama?

Derbon. No tal! Ella me ha manifestado su opinion... con mucho temor... y muchísimo respeto!

Renval. Y ella qué sabe? qué puede saber de esto? Tú, que eres hombre que tienes fibra y caracter... que eres el amo de tu casa... has de necesitar su aprobacion para un negocio tan ventajoso?

Derbon. (Dudando.) Es verdad!.. yo soy el amo de...

Renval. Un negocio que debe enriquecerte... y que ya te ha producido, en una hora; con la subida, has ganado 500 ó 600 francos... En una hora!

Derbon. Mas es eso que las gratificaciones que me dan en un año en la oficina; y si continua asi...

Renval. Te haces rico.

Derbon. Y seré independiente!... No tendré que ir á la oficina... ó iré en coche!

Renval. Pues en tu mano está: la ocasion se te presenta. Ahora, si tú no eres libre para hacerlo...

Derbon. Pues no lo he de ser! libre y muy libre!...

Renval. Pues entonces, guarda tus acciones... hoy justamente tenemos una comida dispuesta entre dos ó tres de los principales accionistas. Si quieres venir, te convido.

Derbon. Yo?

Renval. Broma larga!... En la fonda de Verí... nos divertiremos bien!

Derbon. Es qué...

Renval. Qué ha de hacer uno mientras es joven!... Y luego tenemos palco en la ópera... un palco de proscenio.

Derbon. Día completo!

Renval. Delicioso!

ESCENA XII.

DICHOS. MARIANA.

Mariana. La señora me manda preguntar al señor á qué hora ha de venir el coche para ir á Passy.

Derbon. A Passy! Ay, Dios mio! ya se me habia olvidado! tengo hoy que comer con mi muger y mi niña...

Renval. Con esas comes todos los dias.

Derbon. Pero es que vamos á Passy, convidados por mi gefe de seccion... á quien debo tener contento... ya conoces!...

Renval. Que estás diciendo!... Asi habla un hombre independiente?... un hombre que tiene dignidad y orgullo! Prefieres el convite del poder al de la amistad!

Derbon. No!... eso no!...

Renval. Un convite humillante! un convite... casi ministerial.

Derbon. No es por el convite!... es por mi muger...

Renval. Por tu muger!... Luego eres esclavo? No puedes ir un dia á la fonda sin su permiso?

Derbon. (*A media voz.*) Pero hombre!... tú quieres pervertirme?... quieres hacerme calavera?

Renval. Quiero hacerte... hombre! quiero hacerte amo..... y para eso no hay mas que dar el primer paso.

Mariana. (*Acercándose.*) Conque, qué le digo á la señora?

Renval. Que no va á Passy!... que no quiere ir!

Derbon. (*Con imperio.*) Eso es! (*Con blandura.*) Qué... que no quiero ir!... Que tengo un negocio urgente... improvisado... que ya le diré... (*Aparte.*) Inventaré algo! (*A Renval.*) Ea, pues, ya soy tuyo!

Renval. Enhorabuena!

Derbon. Soy libre!

Renval. Así me gusta! voy á ver á tu cuñada, y quedamos citados aquí mismo á las seis.

Derbon. A las seis! (*Viendo á Mariana que se va, continúa con fuerza.*) Porque decididamente no voy á Passy!

Renval. Bravo! ya has tirado el guante! Esta es la declaración de independencia de los Estados-Unidos! (*Vase por la derecha; Derbon por la izquierda.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

RENVAL. *Luego* EDUARDO.

Renval. (Saliendo por la derecha y despidiéndose.) A Dios, señorita: espero órdenes de usted, y la ruego que cuente con mi inutilidad para cuanto se le ofrezca. (*Ciérrese la puerta.*) Pues, señor, es una joven que vale mucho! qué talento! qué juicio!... muger completa! (*Viendo salir á Eduardo por el foro.*) Hola! que es mi sobrino!

Eduardo. Yo, que vengo á darle á usted las gracias por su recomendacion: el señor Derbon su amigo de usted, es un sugeto muy amable, muy fino!... y aqui le traigo los papeles que me ha pedido.

Renval. Para tu casamiento con la señorita de Neris?

Eduardo. Sí, tío; estoy ya decidido, y le ruego á usted que vaya hoy mismo á pedir su mano en forma.

Renval. Hoy!... tan enamorado estás?

Eduardo. No, enamorado no: es una boda de conveniencia.

Renval. La mejor conveniencia seria que ella tuviese dinero, y no tiene un cnarto.

Eduardo. Qué importa! tiene buen caracter... su familia es ilustre... y además... (*Caviloso.*) tengo otros motivos... (*Disimulando.*) El rey se digna interesarse en este matrimonio...

Renval Ya! ya!... entiendo!... Serán ustedes convidados á todos los bailes de Palacio... irán ustedes á la Corte...

Eduardo. Por qué no? Como á cualquiera otra reunion donde nos convidaran.

Renval. A la verdad que no concibo cómo un joven de talento, que tiene nobleza de corazon, consiente en encadenar voluntariamente su independenciam y en ser, como eran nuestros abuelos, criados de palacio! Qué se saca de eso? Llevar un uniforme muy bordado, y seguir como autómatas á los príncipes, haciendo parte de esa escolta indispensable, ese acompañamiento obligado que asiste á todas las revistas y demas solemnidades; servir como de colgadura para las fiestas reales, y honrarse con estar seis horas de pie, muy tieso, en vez de estarse en su casa, libre, independiente... y sentado! Fundar la felicidad en una sonrisa, la fortuna en un capricho, y la opinion... en la del amo. Esto no lo digo por tí, sobrino, pero ahí tienes lo que es el cortesano de los príncipes!

Eduardo. Pues yo, tio, no concibo que un hombre libre, rico, que no necesita de nadie, y que tiene dignidad en el alma, se sacrifique voluntariamente á ser adulador de la multitud, y vaya á buscar entre sus inferiores, amos á quienes complacer: no concibo que para hacerse popular se haga esclavo; que mendigue el favor del público, y lo sacrifique todo al deseo de conservarlo, ó al miedo de perderlo, jactándose de ser independiente, y no atreviéndose á decir una palabra que pueda interpretarse humilde y respetuoso con los periodistas, para comprar sus elogios, denigrando todo lo que pertenece al poder, bueno ó malo, y encomiando todo lo que es humilde y oscuro; dejándose arrastrar del torrente que pasa, sin atreverse á hacerle frente; estando á las órdenes de todo el mundo, y haciendo antesala en las calles y en las plazas... Esto no lo digo por usted, tio; pero ahí tiene usted lo que es el cortesano del pueblo!

Renval. Buena pintura!...

Eduardo. Cierto, que lo mejor seria no depender de nadie; pero como en este mundo eso es imposible... he resuelto, después de pensarlo bien, obedecer á los menos amos que pueda.

Renval. Yo no obedezco á nadie: yo no pertenezco á nadie, mas que á mí y á mis amigos.

Eduardo. Si; pero esos amigos son tantos! En fin, sea co-

mo fuere, yo me cuento en el número; y á pesar de nuestras disputas, hay un capítulo, en el cual estaremos siempre de acuerdo.

Renval. (*Alargándole la mano.*) Eso si!

Eduardo. Nunca lo he dudado.

Renval. Y puesto que lo deseas y tienes empeño en ello, iré hoy mismo á pedir la mano de la señorita de Neris.

Eduardo. Es que no es eso solo: tengo que pedirle á usted otro favor.

Renval. Habla.

Eduardo. Necesito dinero.

Renval. Para el regalo de boda?

Eduardo. No señor!... para otra cosa!... Y necesito una gran cantidad.

Renval. Poco á poco! Yo soy liberal... pero tú abusas de la espresion: el mes pasado me sacastes mucho dinero.

Eduardo. Ya sabe usted que no fué para mí; fue para mi hermano el agente de cambios.

Renval. No me basta darle negocios!... tambien dinero!... estoy haciendo muy mala especulacion!

Eduardo. No, tio, no mala, sino muy buena! Ha salvado usted á un joven honrado, víctima de quiebras y de desastres que no pudo prever. Gracias al cielo, nada se ha traslucido, y el mal se reparó: su honor... es decir, el nuestro ha quedado intacto. Concédale usted este nuevo auxilio, y ya tiene asegurada una brillante suerte. Lo que necesita, son unos 30.000 francos.

Renval. 30.000 francos!

Eduardo. Yo respondo de la cantidad: yo pongo mi firma. Bien sabe usted que yo le he dado ya lo que he podido. Si tuviera mas...

Renval. Si, si, ya sé que eres un buen hermano; pero 30.000 francos!... Cáspita!...

Eduardo. Y qué es eso para un soltero como usted?

Renval. Soltero!... soltero!... al momento salen todos con eso! No hay nadie que me pida dinero, que no me diga: «Usted es soltero!» Pues estoy adelantado con serlo! No se casa uno por aborrarse gastos de muger, de hijos, de familia... y salen los sobrinos, los parientes, los ahijados...

Eduardo. Hola!... tiene usted ahijados?... Ya! ya entiendo!... Esos ahijados son de ene en los solterones...

Renval. Flaquezas!... Ya conoces al mio, el de la historia que te conté...

Eduardo. Sí, mi primito Leopoldo.

Renval. El tal Leopoldo ha sacado una cabeza!...

Eduardo. Habrá usted descuidado su educacion.

Renval. Qué! si le he criado como un príncipe! pero él se ha hecho un demócrata feroz! á nadie obedece: dice: que por qué unos han de ser ricos y otros no: y trata de probarme que debo partir el caudal con él.

Eduardo. Esa es la igualdad!

Renval. Ya! pero no para mí! Esto, sin contar otras pegi-gueras... otras socaliñas que proceden de compromisos antiguos... que no sabe uno como quitarse de encima.

Eduardo. Ya sé: la Clorinda... y la Eloisa...

Renval. Y otras que no me dejan respirar!... que me tienen bloqueado!... de modo que no sé ya por donde romper!

Eduardo. Haga usted lo que yo: cátese usted.

Renval. Algunas veces se me ha ocurrido... asi, en esos ratos de desesperacion, en que echa uno mano de remedios heróicos; pero luego reflexiono, y hallo un sinfin de obtáculos... El primero tú... yo te tengo cariño, y no quiero privarte de mi herencia.

Eduardo. No es mas que eso, tio? pues sepa usted que yo no he contado nunca con ella... le he querido á usted siempre *gratis*. Ademas, yo probablemente he de morir antes que usted; porque he resuelto hacer carrera, ó que me maten... y esto último ha estado ya en un tris que me suceda: con que ya ve usted que en cualquiera de los dos casos, no necesitaré de nadie. Asi, pues, esa consideracion, déjela usted á un lado, y cátese usted antes que pase de los cuarenta años y ya no sea tiempo: esa es una buena edad.

Renval. Asi me lo dicen todas las viudas, y algunas más de estas que tienen hijas casaderas.

Eduardo. Pues aproveche usted el tiempo; acuérdesse usted de la vejez, de la soledad, del reumatismo, de la gota, compañeras inseparables de los solterones viejos... y lo único que suele serle fiel! Acuérdesse usted de los parientes... de los ahijados, que regularmente estarán ya pensando en el dia de las particiones.

Renval. Calla, calla!... que me asustas!

Eduardo. Eso es lo que trato.—La única dificultad que hay es hallar una novia que le convenga á usted; porque usted es tan descontentadizo!

Renval. Es verdad! pero hace un rato que me anda rondando un plan... Ante todas cosas, la novia ha de ser rica. Sí, porque yo necesito tapar ciertas brechas abiertas en mi caudal... y otras que me han de abrir... verbi gracia, tus 30.000 francos.

Eduardo. Bien calculado!

Renval. En segundo lugar no ha de ser una niña, sino una joven que tenga ya sus 24 ó 26 años, pero fresca, rolliza... en fin, una muger de razon...

Eduardo. Eso está muy pensado!

Renval. Entendiéndose que cada cual de los dos ha de conservar su independecia: ella hará lo que quiera y yo tambien; de modo que el casamiento no ha de alterar en lo mas mínimo nuestros respectivos hábitos de vida, y asi nos hallaremos colocados en un terreno neutro, que no será, ni el casamiento ni el celibato.

Eduardo. (Riendo.) Soberbio plan! Pero dónde diablo ha de encontrar usted una muger con esas condiciones?

Renval. Ya está encontrada! Aquí... en esta misma casa... ahora acabo de verla... la cuñada de mi amigo Derbon.

Eduardo. (Sobrecogido.) Leonor!

Renval. La misma! creo que no es mala tia la que te preparo, eh?

Eduardo. Ciertamente... muy buena!... Pero usted ha olvidado el primer artículo del programa: la novia ha de ser rica, y Leonor no lo es: no tiene nada!

Renval. Estás muy equivocado! El notario que tengo en Bretaña, me ha enviado para ella unos papeles que acabamos de examinar los dos, de los cuales resulta que una prima muy lejana que yo tenia allá, una solterona, llamada Adelaida Vaucresson, me nombró su albacea, y deja por heredera universal á Leonor Delarose su única amiga.

Eduardo. Con que es esa!...

Renval. Ya le he dado la gran noticia. Sobre cincuenta mil francos de renta...

Eduardo. Y eso le decidió á usted al momento...

Renval. No estaba decidido... andaba titubeando... pero ya estoy resuelto, gracias á tu consejos y á tu ejemplo. Aho-

ra bien, como no parece regular que sea yo mismo quien me proponga, cuento para ese paso con tu amistad.

Eduardo. Conmigo!

Renval. Bien podrás hacer por mí lo que voy yo á hacer por tí.

Eduardo. Es verdad. Pero me encarga usted de una comision en que temo no salir airoso. He oido decir que Leonor Delarose tiene acerca de ese punto ideas particulares.

Renval. Como yo!

Eduardo. Que prefiere á todo su independenciam...

Renval. Como yo!

Eduardo. Y que ha jurado no casarse nunca.

Renval. Como yo! Ya ves que nos convenimos perfectamente: hemos nacido el uno para el otro. Tú la decidirás diciéndola...

Eduardo. Qué?

Renval. Lo mismo que me has dicho á mí.

Eduardo. Lo haria con mucho gusto; pero para entrar en materia... ya se vé... yo conozco muy poco á esa señorita...

Renval. Hombre! pues yo creia que en cierto tiempo habias tratado mucho á esa familia.

Eduardo. A su hermana Emilia... esa sí... me ha manifestado siempre mucha amistad.

Renval. Pues bien... en su compañía vive... y este es un negocio de familia que se trata en presencia de los parientes... Ea, preséntate, y haz mi propuesta en forma: yo voy á ver cómo te facilito hoy, ó mañana á mas tardar, esos 30.000 francos.

Eduardo. Cuánto se lo agradezco á usted!.. y semejante favor...

Renval. Se paga con ese otro. Ahí viene la casada; en casa te espero con la noticia de que puedo ya presentarme á la novia. (*Se va por el foro.*)

ESCENA II.

EDUARDO *pensativo.* EMILIA.

Emilia. (*Aparte.*) Mi pobre marido... no poder venir á

Passy, por esa ocupacion de la oficina... (*Viendo á Eduardo.*) Oh! usted aqui, Eduardo.

Eduardo. He venido, señora, á un negocio que su marido de usted se ha dignado mirar con interes... y de paso me encuentro, sin pensarlo, precisado á molestar tambien á usted.

Emilia. A mí? hable usted.

Eduardo. Es un favor que quiza la sorprenderá á usted... y tambien por mi parte la confieso á usted que me cuesta empacho entrar en materia...

Emilia. Es cosa mia?

Eduardo. Casi... es decir; como si lo fuera; porque es cosa de su hermana de usted... (*Viendo á Leonor que sale con un papel.*) Ella es!

Leonor. (*Sorprendida.*) Eduardo! (*Se repone, y le hace un saludo.*)

Emilia. (*A Eduardo.*) Con que decia usted...

Eduardo. Voy al cuarto de su marido de usted que me está esperando; y despues, si está usted sola, si no estorbo... vendré á pedir á usted un momento de audiencia. (*Saluda y se va por la derecha.*)

ESCENA III.

EMILIA. LEONOR.

Emilia. (*Yendo á Leonor, que se ha quedado parada, y tomándola las manos.*) Qué tienes? estás conmovida!

Leonor. Mira si tengo motivo. Lee esta carta... la última voluntad de mi madrina... qué cariño! qué generosidad!

Emilia. (*Leyendo.*) Te deja todos sus bienes.

Leonor. A esta ingrata que se atrevia á acusarla!..

Emilia. (*Leyendo.*) Con la condicion espresa de que te cases!

Leonor. Si.

Emilia. Cómo es esto!.. ella que aborrecia el casamiento; que habia desechado tantos partidos; que se empeñó en vivir y morir en el celibato!

Leonor. (*Cavilosa.*) Me prohíbe seguir su ejemplo! Ahora penetro la causa de aquel humor sombrío; de aquella pena intensa que nunca quiso descubrirme, y es la

que la ha llevado al sepulcro. Todo se explica en estos últimos versos que me envía en su carta, dedicados á mí. (*Tomando el papel.*) Oye, Emilia, oye con atención. (*Lee.*)

Al borde del sepulcro suspendida,
á tí dirijo mi postrer canción:
oye el secreto de mi triste vida,
y escarmiente tu ciego corazón!

Ocho lustros cumplí! mi vida toca
de la existencia al término fatal.

Ocho lustros, Leonor!.. sin que mi boca
pueda imprimir el beso maternal!

No hay, sin recuerdos y esperanzas, vida.
Rué me resta que hacer? Morir, Leonor!
que á mi edad la esperanza es ya perdida;
y no tengo un recuerdo en mi dolor!

Emilia. Tiene razon. Vivir y morir sola... morir sin haber sabido lo que es amar. Debe haber sido muy infeliz... no es verdad, hermana?

Leonor. Sí, eso estoy pensando desde que he leído su carta.

Emilia. Y lo mas generoso de su parte es querer evitarte la suerte que á ella le ha cabido: te impone la obligacion de casarte; y ya que quieras ó que no...

Leonor. Eso es lo terrible! Tener ahora que echarme á elegir... porque como en mi vida me ha llamado la atencion ningun hombre, ni he pensado en nadie...

Emilia. Eso es lo malo; porque, ya se vé, si tú hubieras gustado de alguno... ya no erá tanto trabajo.

Leonor. Pues por mas que repaso... no encuentro. Y no es cosa de imprimir el testamento, y pregonar mi mano.

Emilia. Sin necesidad de pregon ya verás cómo cunde. Y en cuanto se sepa que hay aquí una heredera rica, verás llover pretendientes... empezando por los jóvenes mas elegantes...

Leonor. Yo no quiero jóvenes.

Emilia. Ya; preferirias un hombre maduro.

Leonor. Tampoco; son muy fastidiosos.

Emilia. Pues entonces, qué quisieras?

Leonor. Yo quisiera... uno que... que fuese...

Emilia. Un término medio?

Leonor. Tal vez. -

Emilia. Conque, te ocurre alguno?

Leonor. Como si no me ocurriera. Es uno que se va á casar.

Emilia. Razon mas para darse prisa; porque Eduardo...

Leonor. Pues qué, yo le he nombrado?

Emilia. Toma! hace una hora.

Leonor. Jesus! un hombre que yo he despedido... es cosa de llamarle ahora?... de ir á dar mi brazo á torcer?

Emilia. No hay necesidad de eso: tú no debes sonar para nada; seré yo quien lo haga.

Leonor. Lo mismo dá: tú eres mi hermana... Habias de ir tú á buscarle... á sonsacarle!.. Jamás, jamás!

Emilia. Y si fuese él quien se presentase? Si esa audiencia que acaba de pedirme, como tú misma has oido, fuese para hablarme de tí?

Leonor. Calla!..

Emilia. Ahora tú me dirás si le admito ó le despido.

Leonor. No, no: yo no me mezcló en eso... yo no quiero sonar para nada. Pero me parece que nada se pierde...

Emilia. En oirlo?

Leonor. Óyelo. (*Conmovida.*) El es!

Emilia. (*Mirándola.*) Será preciso que nos dejes solos.

Leonor. Yo te lo iba á decir... (*Apretándola la mano.*) Adios. (*Saluda á Eduardo, y se va por la puerta de la derecha.*)

ESCENA IV.

EDUARDO. EMILIA.

Emilia. Ya ve usted que empiezo cumpliendo sus deseos; estamos solos.

Eduardo. (*Con frialdad.*) Doy á usted mil gracias, señora.

Emilia. (*Aparte.*) Qué tono tan solemne! lo que yo he dicho.—Cuando usted guste.

Eduardo. Su señora hermana de usted es ahora rica.

Emilia. Acaba de saberlo.

Eduardo. Le doy la enhorabuena. — Yo no sé si esa

mudanza de fortuna habrá mudado también sus opiniones acerca del matrimonio.

Emilia. Por lo menos, las ha modificado... porque una cláusula del testamento la impone la expresa condición de casarse; y sea cual fuere su modo de pensar, no puede menos de someterse á la voluntad de su bienhechora. (*Aparte, mirando á Eduardo que hace un ademán de sorpresa.*) Se ha conmovido.

Eduardo. (*Con frialdad.*) Lo celebré mucho... y puedo ya, con alguna esperanza de salir airoso, pedir á usted la mano de su hermana... para mi tío el conde de Renval.

Emilia. Su tío de usted! cómo! es posible!

Eduardo. Y por qué no? Mi tío tiene ya cuarenta años, pero es joven por su genio y sus ideas... que son idénticas á las de su hermana de usted: el mismo carácter; el mismo afán de independencia; la misma renta poco mas ó menos; y luego una alta posición política... en la próxima legislatura es muy probable que suba al poder.

Emilia. Su tío de usted!... Y quién le ha inspirado semejante resolución?

Eduardo. Yo, señora; no podía aconsejarle un paso mejor.

Emilia. Me parece que en otro tiempo no hubiera usted sido tan generoso... Y á no ser que el casamiento de que me habló usted antes sea cosa que ya no pueda deshacerse... (*Observando á Eduardo que guarda silencio.*) Pero sí, si se podrá... y yo creo que no está usted obligado á darle á su tío esa prueba tan costosa de desprendimiento... á hacerle ese sacrificio...

Eduardo. Seguramente que no.

Emilia. Luego hay otros motivos?

Eduardo. Sí, señora; motivos que yo me sé: un obstáculo invencible, que no me es lícito decirle á usted.

Emilia. (*Con tono de franqueza.*) Óigame usted, Eduardo: ya sabe usted que yo le estimo mucho; hábleme usted con franqueza: es acaso la memoria de aquella negativa? es el amor propio ofendido lo que le impide á usted pensar en un partido que en el día es muy ventajoso?

Eduardo. Esa circunstancia no hubiera influido en mí.

Emilia. Ya lo sé, Eduardo: conozco el carácter noble y

desinteresado de usted, y ademas, los bienes que posee y su posicion independiente le ponen al abrigo de semejante sospecha. Conque no hay mas que un motivo... uno solo que le haga á usted titubear! (*Llevándosele á un lado y en voz baja.*) Pues bien... oiga usted... quizá hago mal en esto... pero en fin, si le dijera á usted que yo, su hermana, he creido notar... mas diré... estoy persuadida, segura... de que se le quiere á usted!...

Eduardo. (*Dando un grito de gozo.*) Oh, cielos! (*Se repone y dice con frialdad.*) Señora, no me es posible.

Emilia. (*Con indignacion.*) Qué ojo! (*Con severidad.*) Caballero, no he dicho nada! no he dicho nada!

Eduardo. Tranquilícese usted, señora; yo tampoco he oido nada! pero mi honor y mi conciencia me mandan obrar así... y usted misma, andando el tiempo quizá me hará justicia!—Sírvasse usted, pues, dar parte á su señora hermana de la propuesta del conde de Renval; yo voy á su casa, donde me está esperando, á decirle que he dado el paso que me encargó, y que puede venir aquí á saber la respuesta. (*Saluda y se va.*)

ESCENA V.

EMILIA. LEONOR.

(*Emilia va á abrir la puerta de la derecha, y se halla en el umbral á Leonor pálida y trémula.*)

Leonor. (*Afectando sonreir.*) Y qué? qué hay?

Emilia. (*Disimulando.*) Nada todavía... no hemos entrado en materia... yo le he hablado en términos muy vagos.

Leonor. No, no. Me ha despreciado! me ha despreciado!

Emilia. Qué locura! nõ es eso lo que me ha dicho...

Leonor. Lo he oido, hermana.

Emilia. Pues bien; sí, es verdad. Antes queria, ahora no quiere. Yo no sé qué es esto; tan caprichosos son los hombres como las mugeres! Y yo que te lo he elogiado tanto, y que lo queria de veras!.. Ah! para mí acabó! Estoy indignada... y tú tambien; ya lo veo. Vamos, hermana, vamos... ten orgullo, ten valor. No hay que pensar mas en él!

Leonor. (Los ojos bajos, y con dolor.) Sí; no hay que pensar mas!

Emilia. (Queriendo distraerla.) Eso se olvida pronto!... tú eres rica.... eres hermosa... Oh! has vuelto hermosísima!... No habrá hombre que no lo diga!... Ya verás!... ya verás, asi que te des á luz, cuántos vienen á hacerte la corte!... Tendrás amantes á docenas!... Hay tantos en el mundo...

Leonor. No!... en el mundo no hay otro!

Emilia. Qué estás diciendo?

Leonor. Aborréceme!... despréciame! pero á quién he de confesar mi dolor y mi vergüenza sino á tí, á mi hermana, á mi amiga!..... Pues, bien, sábelo de una vez! Hace mucho tiempo que le amo!

Emilia. Lo sabia yo mejor que tú!

Leonor. Pero desde que sé que me ha desdeñado... que me ha despreciado...

Emilia. Qué?

Leonor. (Llorando.) Qué?... Creo que le amo mas todavia!
Emilia. Qué tal! asi somos todas! es mucho cuento! Pero entonces, majadera, cuando te solicitó, por qué le despediste?

Leonor. Que sé yo! Mira á cuantos azares está sujeta nuestra suerte? Se apoderó de mi cabeza un falso entusiasmo, una vanidad alimentada por los mismos elogios que me prodigaban, y me desvanecí hasta el punto de persuadirme que podia despreciarlo todo. Y luego... si he de decir la verdad... aunque realmente le preferia á los demas, era solo preferencia, no era del todo amor..... Y él me amaba tanto..... se me mostraba tan apasionado... que yo decia: bien puedo ganar tiempo... él aguardará... su amor no puede ya apagarse... Con qué facilidad se persuade una esas cosas!—Y despues, cuando me vi lejos de él, cuando empecé á sentir el vacío que me dejaba la soledad y el desamparo, entonces vino el arrepentimiento! Cuando miré al rededor y le comparé á todos los que me cercaban... Ah! entonces me desesperé... entonces llegué á amarle con toda mi alma y mi corazon!... pero ya no me atreví á confesarlo... ni aun á tí. Y ademas... conservaba alguna esperanza... veia que no se casaba... y decia yo: todavia me quiere!.. aguarda á que yo le llame... pero el orgullo no me de-

jaba dar el primer paso... y aun me hacia ilusion de que podia aguardar... de que cuando se me antojara le haria volver... le tendria á mis pies!... Ah! lo merezco, hermana!... merezco este castigo!... porque he sido muy culpable!

Emilia. Sí, muy culpable en arriesgar asi tu suerte por vanos caprichos, por máximas extravagantes y falsas!... Mira qué cinco años de independecia tan bien empleados! Por fortuna aun es tiempo: es preciso olvidar lo pasado, resignarse, tomar una resolucion, y reparar el tiempo perdido.

Leonor. Mi resolucion está tomada; ahora mas que nunca renuncio al matrimonio; quiero quedarme soltera.

Emilia. Vuelta al mismo error!

Leonor. Es lo único que deseo!

Emilia. Ahora lo deseas; pero si dentro de otros cinco años vuelves á arrepentirte, tendremos lo mismo, otros cinco años perdidos... Y cuando una muger tiene 30 años... ay! está tan cerca de tener 40! Acuérdate de tu madrina..... sigue sus consejos, hermana, ten juicio, y cástate! Aun hallarás buenos maridos..... No los adorarás... pero eso no importa!

Leonor. Dejame!... dejame!

Emilia. No te dejo! Y una vez que aborreces á los jóvenes... un buen partido se te presenta; el conde de Renvál.

Leonor. Quién?

Emilia. Apenas le conoces, pero debes recibirlo... tratarlo...

Leonor. (*Distraída.*) Con que tú opinas que ya no volverá á quererme?

Emilia. Quién? Renvál?

Leonor. No! Eduardo.

Emilia. Aun piensas en él?

Leonor. Siempre!... porque antes, cuando te estaba hablando, noté en él una frialdad afectada, que estaba en contradiccion con lo conmovido de su voz... y se me figuró... vas á llamarme loca... se me figuró que todavia me amaba!

Emilia. Pobre Leonor!

Leonor. Sí: aquel acento no era de indiferencia... Apuesto á que estaba turbado... á que estaba pálido.

Emilia. No reparé.

Leonor. Válgame Dios!... pues en qué pensabas!

Emilia. En sus palabras, que me pintaban la verdad con mas exactitud que su semblante. Está comprometido..... quiere á otra... y se va á casar con ella.

Leonor. Ay!... no me digas eso!... Que me aborrezca... que me deteste... pero que no ame á otra!... Di que son mis defectos, mi vanidad, mi orgullo, mi altanería, lo que le hace huir de un yugo, que en su opinion le haria desgraciado... eso sí, todo eso sí!... El no cree posible que yo me corrija... y por eso, por eso solo huye de mi presencia.

Emilia. Qué quieres que te diga!

Leonor. Pero volverá, sí, volverá!... Le amo tanto! oh! él volverá..... no me cabe duda! — Calla!... ha parado un coche... Él es...

Emilia. Qué locura!

Leonor. Sí, él es!... el corazon no me engaña nunca! te digo que es él!

Un criado. (Anunciando.) Mi amo, el señor conde de Renval, pide permiso para presentarse.

Leonor. (Aparte á Emilia.) Yo no quiero verle!

Emilia. (Id.) Eso no es posible! aunque sea para decirle que no, hay que oirlo: es preciso tratar con consideracion á los que una no quiere... ya que es lo único que pueden esperar. (Al criado.) Que pase adelante. — Lo demas seria una grosería..... Y acuérdate que es tío de Eduardo.

Leonor. Ah! es verdad!... Pero qué fastidio!...

Emilia. Toda niña casadera tiene que sufrirlo; mayor es el mio, que siendo la menor tengo que hacer el papel de mamá, y asistir á la conferencia.

VI
ESCENA IV.

REIVAL. LEONOR. EMILIA. EL CRIADO.

Reival. (Al criado.) Anda á casa y vuelve con el coche. (Vase el criado.)—Señoras!... Es cosa terrible andar con abogados y procuradores!... no puede uno quitárselos de encima!..... y yo en mi calidad de albacea, tendré que venir á fastidiar á usted, señorita, muy á menudo.

Emilia. (Viendo que Leonor no contesta.) Eso no puede pesarle á mi hermana, caballero.

Renval. Mucho menos á mi!.... y la doy la enhorabuena por la herencia que la ha tocado.

Emilia. A pesar del derecho que tenia usted á ella?... Eso es muy generoso de parte de usted!

Renval. No le parecerá á usted tanto, señorita, si me atrevo á indicar el objeto principal de mi visita... Se ruboriza usted!... Vamos, ya veo que su señora hermana la ha prevenido... y por buen abogado que yo sea, creo que hubiera ganado en dejarla defender mi causa.

Leonor. Sí, efectivamente, me ha hecho saber el honor que usted me dispensaba... y la propuesta...

Renval. Que quizá le habrá parecido á usted sospechosa?... eso es natural... confíeselo usted francamente! Cuando uno dirige sus obsequios á una heredera rica, debe ella suponer en el pretendiente miras interesadas. Por fortuna yo puedo responder á la objecion victoriosamente, puesto que mi patrimonio produce una renta de 60.000 francos.... algo mermada en el dia... porque ya se vé.... suele uno tener compromisos.... caprichos.... y sobre todo, sobrinos!.... Oh! ese artículo es carísimo en París!

Leonor. (*Conmovida.*) Ah!... Usted tiene sobrinos?...

Renval. Dos!... pero sin embargo, aun puedo contar con 40.000 francos de renta, y por esta razon no he vacilado...

Leonor. (*Interrumpiéndole.*) Pues yo creí que ellos eran tambien ricos?

Renval. Eso es segun. El uno es agente de cambios... profesion brillante, con la cual se da envidia á todos, y miedo á la familia... en particular á los tios solteros.... y por esa razon quiero yo dejar de serlo. Asi, pues, como iba diciendo...

Leonor. (*Interrumpiéndole.*) Y el otro sobrino?

Emilia. (*Aparte á Leonor.*) Cuidado!

Renval. Ese no se ocupa en negocios... la echa de aristocrático!... está metido en la corte, y acabará por hacer una buena boda.

Leonor. Pues... yo... creía que eso era ya cosa hecha.

Renval. No, señora.

Leonor. Y por qué?

Renval. No tratemos ahora de mi sobrino, sino de mí. Pues decia, que eu cuanto á bienes...

Leonor. Sí, ya sé que tiene usted un buen patrimonio. pero eso no es para mí lo mas esencial; yo miro mucho las relaciones de parentesco que puede haber... los lazos de familia...

Renval. (Aparte.) Ah! Demonio!... Si la habrá hablado alguien de Leopoldito?...

Leonor. Y decia usted que su sobrino iba á contraer un enlace?

Renval. No he dicho eso, señora! Eduardo me rogó esta mañana que fuese á pedir definitivamente á la novia, pero hace poco, cuando fue á avisarme que usted me esperaba, me dijo que no diera ya semejante paso, porque renunciaba al proyecto.

Leonor. (Aparte.) Cielos!—Y por qué motivo?

Renval. No me lo ha dicho.

Leonor. (Aparte á Emilia.) Por mí!..... por mí!..... no lo dudes!

Emilia. (Aparte.) Pues si lo dudo.

Renval. (Acercándose.) Qué decia usted?

Leonor. Nada!... que doy á usted gracias por su bondad.... por su franqueza... por las noticias que ha tenido la bondad de darme... y que me han llenado de satisfaccion...

Emilia. (Aparte á Leonor.) Qué vas á decir!...

Renval Así lo esperaba!

Leonor. Es decir... de satisfaccion, por...

Renval. Sí!... lo que es mi posicion política... bien conocida es! De un momento á otro puede venir el poder á nuestras manos... ya hace tiempo que lo estamos esperando, y algo me tocará á mí... En cuanto á las cualidades personales... mi caracter...

Leonor. Es escelente... ya lo sé.

Renval. En ese caso, veo que dichosamente no se presenta ningun obstáculo...

Leonor. Puede que haya alguno.

Renval. Cuál?

Leonor. No puedo decirlo todavia. No estoy aun, por desgracia, bastante segura de...

Renval. Cómo es eso?

Leonor. Pero tengo esperanzas... muchas esperanzas... y le pido á usted algun tiempo para reflexionar... para examinar... sobre todo, para consultar con mi hermana... y mañana... ó pasado mañana... yo le responderé á usted.

Renval. Me lo promete usted?

Leonor. Sí señor. (*A Emilia.*) Vámonos, Emilia!... Ah! ya soy dichosa!

Emilia. (*Aparte á Leonor.*) Y si nos lleváramos chasco?...

Leonor. (*Yéndose con ella.*) Ah!..... me moriria! (*Se van las dos.*)

ESCENA VII.

REIVAL. Luego DERBON.

Renval. (*Solo.*) Vamos!... para la primera sesion no ha ido mal! No me han dejado concluir mi discurso... señal de que gano la votacion! (*Viendo á Derbon que sale con el sombrero puesto, y en traje de joven elegante.*) Hola! ya estás listo!

Derbon. (*Riendo y frotándose las manos.*) Sí, amigo mio! libre, independiente como el aire!.. Mi muger se va á marchar con su hermana, y soy tuyo por todo el dia!... un dia de soltero!... No me habia sucedido desde que me casé!

Renval. Y te ha costado trabajo el zafarte?

Derbon. Ninguno!

Renval. No te lo decia? En pronunciándose una vez!.....

Derbon. La he dicho que tenia que hacer toda la noche contigo..... que me necesitabas indispensablemente para arreglar los asuntos de mi cuñada... Lo primero que se me ocurrió.

Renval. Ah!... eso la has dicho?

Derbon. Sí, amigo mio! Cuidado no vayas á desmentirme!

Renval. No tengas miedo! Y tu muger no puso dificultades?

Derbon. Nada; al contrario, me compadecia: «este pobrecillo, decia, tener que aburrirse esta noche viendo papeles!» — Ah, ah!... es curioso ver la facilidad con que uno engaña á su muger.

Renval. (*Riendo.*) Oh!... por supuesto! — Pues ya podemos marchar, que abajo está el coche. Los otros no pueden venir, de modo que seremos los dos solos.

Derbon. Tanto mejor!

Renval. He mandado que nos reserven un gabinetito en la fonda... y verás qué comida!

Derbon. Y luego á la ópera?

- Renval.* Y en los entreactos te llevaré entre bastidores!
- Derbon.* Ay! qué gusto!...—No lo sabrá mi muger, verdad?
- Renval.* No tengas miedo!—Ni la mia tampoco!... No sabes que me caso?..... yo te contaré despues... vámonos, vámonos!...
- Un criado.* (Con tres cartas.) Estas cartas habian llevado á casa para usted, y dijeron que eran urgentes.
- Derbon.* Abrelas..... abrelas!..... (Se sienta.) Ah! esto es vida!..... esto es felicidad!..... Ser uno dueño de sus acciones, y hacer lo que le da la gana! Se me figura que respiro un aire tan puro!... tan varonil! y me bullen en la cabeza unas ideas tan... independientes!...
- Renval.* (Que ha leído una carta.) Por vida de!... Esto es insufrible!... parece que lo háce el demonio!...
- Derbon.* Qué há ocurrido?
- Renval.* Mi señora!... mi cruz!.. La dichosa Eloisa que se ha puesto mala, y me espera sin falta á comer!
- Derbon.* Está fresca!
- Renval.* Tiene un tino para fastidiarme!.. (Leyendo otra carta.) Calla!... Y Clorinda...
- Derbon.* Otra querida!... vaya si es afortunado!
- Renval.* Qué esta noche no baila, y quiere que vayamos á comer juntos á Very... Parece que se han puesto de acuerdo!...
- Derbon.* Envíalas á pasco!
- Renval.* Estás loco?... Si!... bonitas son ellas!...
- Derbon.* Toma! Para eso eres hombre!... y tienes caracter!... y eres libre!... A mí eso no me ataria.
- Renval.* A mí sí!... sabes tú, si no voy, la que se armaria?... son capaces de dar un escándalo infernal!... de seguirme... de ir á casa... de venir aquí... y armar un alboroto!... Y ya lo ves!... estando para casarme... si la novia lo huele!...—Nada, nada!... amigo mio, no puedo comer hoy contigo... es imposible!
- Derbon.* Hombre!... Hasta ese punto te esclavizas?... no átreverse á ir á comer con un amigo!
- Renval.* No te enfades! Comes tú solo..... luego á la noche te iré á buscar á la fonda... y nos vamos á la ópera. Entre nosotros no hay ceremonias!
- Derbon.* Como quieras. Pero yo en tu lugar, no me dejaría tiranizar de ese modo... Y pór dos mugeres!... Yo, siquiera, no tengo mas que una!

Renval. (Que ha leído la tercera carta.) Otra que tal!

Derbon. Otra querida?

Renval. Peor que eso! Es un fastidio de otra especie! Una reunion de diputados que tenemos esta noche: la oposicion que se reúne en casa de uno de ellos... para decidir acerca de la opinion que hemos de tener en la próxima legislatura.

Derbon. (Enfadado.) Y tú irás?

Renval. (Id.) Y cómo he de faltar! Cuánto no dirían de mí!... qué interpretaciones no habría!... Oh! tú no tienes idea de una esclavitud semejante!

Derbon. (Con candidez.) Es cosa particular!... Yo, amarrado al yunque en una oficina, puedo hacer lo que quiera; y tú, hombre independiente, no puedes pasar una noche con un amigo!

Renval. Puedo... si quiero!

Derbon. Pues entonces...

Renval. Pero es que no quiero.

Derbon. Que es lo mismo que si no pudieras.

Renval. Qué sabes tú de eso!... Yo te lo explicaré en otra ocasion... (Mirando el reloj.) porque ya es tarde.... y el diablo me lleve si sé donde ir!...

Derbon. A las dos partes á un tiempo no es posible.

Renval. Quién sabe!... Comeré con la una... y luego cenaré con la otra... y despues... A Dios, amigo mio; perdona que te falte á la cita... Mañana.... ó pasado mañana, ú otro dia... que ya lo arreglaré... tendremos nuestra broma.... A Dios!.... (Al criado.) Vamos, vamos pronto! (Se va apresurado.)

ESCENA VIII.

DERBON.

Otro dia!... otro dia quizá no podré yo! Yo no tengo todos los dias libres, como él. Pero hoy que lo tengo..... me lo pasará sin él. Aprovecharé mi independencia.... Esta es la primera vez de mi vida que me veo suelto... sin espías... sin fiscales... dueño de hacer lo que quiera!—Qué haré? Ante todas cosas ir á comer á la mejor fonda... Pero estaré solo!... sin tener con quien hablar!... sin mas compañía que los periódicos... cosa que es poco

entretenida.—Si mi muger estuviera todavía en casa... iríamos juntos...—Pero qué estoy diciendo?... Pues para eso comería en casa. Luego me iré al teatro... A cuál iré? Y esto me hace recordar que la habia ofrecido á mi niña llevarla una noche... Si no se la hubierā llevado su madre... Y qué contenta se pondría!... Pero ya se han marchado! (*Llamando.*) Mariana!... Rosa!... Pues todo el mundo se ha ido!... Nadie responde!... me han dejado solo en este caseron... qué soledad!... parece un sepulcro! Al menos cuando mi muger y mi hija estan en casa; hay ruido... hay vida... hay distraccion... Pobre Emilia!... Cómo la he engañado!... Creerá que estoy trabajando tan afanado!... Estará acordándose de mi!... conpadeciéndome... y tendrá razon, porque aqui me he quedado solo... mano á mano con mi independenciam... de la cual no sé que hacer!—Caramba! Y podia yo haber comido muy alegremente en Passy... con aquellos amigos... en familia... con mi muger..... con mi hija!.... Se me figura ya que hace un siglo que no los veo! Pues señor, ya que estoysolo.... y que soy libre.... y dueño de mí mismo... me voy á Passy con mi muger! (*Se va por el foro.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

Una sala elegante en casa de Renval. Puerta en el fondo: otras dos laterales.

ESCENA PRIMERA.

RENVAL, *sentado á la izquierda, y caviloso*; DERBON, *que aparece por el foro, disputando con un criado.*

Criado. (Impidiéndole entrar.) El amo no está: no está en casa.

Derbon. Hombre, si le estoy viendo!

Criado. No importa; el amo no recibe.

Renval. Qué es eso?.. *Derbon!*.. tan temprano por acá
(Hace seña al criado el cual se va.)

Derbon. Estamos frescos!.. qué diablo de ocurrencia te ha dado hoy de negarte? qué pasa de nuevo?

Renval. Mucho desde ayer!.. y ahora me alegro de no haber faltado á la reunion de diputados. Se trataron allí grandes cosas.

Derbon. (Admirado.) Hola!

Renval. Andan ya los mensajes... El gobierno pide capitulacion!.. Hemos puesto condiciones, como es natural.

El da un paso... nosotros damos dos... y es muy probable que hoy sea yo ministro.

Derbon. Tú! *(Señalando á la puerta.)* Ya!.. por eso empezabas á ensayarte en no recibir...

Renval. (Sin oírle.) Sí, amigo mío, ministro.

Derbon. Y eso cómo se concilia con tu posicion y tus opiniones?

Renval. Muy sencillamente. Yo, por ser conde y ser rico

pertenezco á cierto matiz de la cámara... y por mis principios soy de otro enteramente opuesto; pero como los extremos se tocan, estos dos matices componen uno, y en la ocasion presente estan tratando de fundirse en un tercer matiz... Y así de matiz en matiz va uno cambiando de color sin que nadie lo eche de ver.

Derbon. Ya entiendo. Y qué ministerio te tocará?

Renval. Por ahora... no será la presidencia. Regularmente el de comercio.

Derbon. Pero si tú no entiendes de eso?

Renval. Allí me iré enterando. Oh! no es eso lo que me asusta; sino la guerra sistemática; los artículos; los folletos. Ya han empezado, y no sé cómo diablos han oido tan pronto nuestra candidatura ministerial. Pero lo cierto es, que antes que cuaje ya la están hundiendo. Oh! y si siguen así, será preciso renunciar... porque no sé cómo arreglarme para conciliar la energia con la popularidad!

Derbon. Esos son otros matices que tratas de fundir, eh? Haz como ayer con Clorinda y con Eloisa: comes con una, y cenas con otra...

Renval. (De mal humor.) Déjame en paz! Bueno estoy ahora para... Cuando no sé qué partido tomar! cuando estoy devorado de inquietud... de incertidumbre!..

Derbon. Pues lo que es en eso... júntate conmigo: la misma causa me hace venir á verte tan temprano.

Renval. Pues qué ocurre?

Derbon. Figúrate que ayer en Passy... donde al cabo llegué á los postres...

Renval. (Admirado.) Calla! fuiste al fin?

Derbon. Fui... (Con orgullo.) pero fui por mi voluntad.

Renval. Ay, qué débil!

Derbon. Me gusta!.. Y tú, que me dejaste plantado?

Renval. Vamos, qué ocurrió?

Derbon. Que hablaron de un acontecimiento espantoso! de un viajero que se ha perniquebrado en nuestro camino de hierro.

Renval. Conocido tuyo?

Derbon. No: yo no le conozco.

Renval. Pues entonces, qué te importa?

Derbon. Me importa... que eso hará bajar nuestras acciones... todos lo decian allí.

Renval. Deja que digan.

Derbon. La noticia me turbó de una manera... Y tanto mas, cuanto que yo no me atrevia á hacer preguntas, porque mi muger estaba delante. Pero yo que generalmente duermo toda la noche de un tiron, anoche no pude pegar los ojos. Yo que por las mañanas no pienso mas que en mi almuerzo y en mi oficina... he salido hoy de casa en ayunas y sin decir nada á mi muger. Me detuve en el café de Tortoni...

Renval. A almorzar?

Derbon. No, á oir á los bolsistas... á preguntar... á inquirir noticias... y, amigo mio, las oí desastrosas. Todos ellos pronostican que hoy habrá una baja terrible.

Renval. Lo veremos.

Derbon. No; es que yo no quiero verlo. Arriesgo en ello todo cuanto tengo. Y como yo trato de conservarlo, le he escrito á tu sobrino el agente, que si hay baja, me venda hoy todo el papel.

Renval. Al contrario, hombre... No se vende sino cuando sube.

Derbon. Ya! como yo no entiendo...

Renval. Vamos, vamos, tranquilizate. Yo tengo en ello mas interés que tú.—Ea, quédate á almorzar conmigo, y en seguida iremos á la Bolsa.

Derbon. Adios... ya no iré hoy tampoco á la oficina, y van dos dias.

Renval. No dices que te fastidia tanto? que no puedes ya soportarlo?

Derbon. Es verdad; pero lo cierto es que cuando no voy, me parece que me falta algo... Se me hace la mañana tan larga... y no sé en qué emplearla. Y lo mismo es cuando no veo á mi muger. Mi muger y mi oficina... Vamos, no puedo pasar sin esas dos cosas... sobre todo, sin mi muger. Si vieras lo que me está atormentando el haber comprado esas acciones sin su permiso... es decir, sin su aprobacion. Si ella lo hubiera dispuesto... anda con Dios! entonces no me reñiria... pero... Conque ya ves que es necesario que ella no sepa nada.

Renval. Pierde cuidado, hombre. Tienes miedo de todo.

ESCENA II.

RENVAL. DERBON. UN CRIADO.

El criado. Dos señoras desean ver á usted.

Renval. Ay! Dios mio!

Derbon. (*A media voz.*) Si serán la Clorinda y la Eloisa?

El criado. Un sugeto vestido de negro las viene acompañando.

Derbon. Ya no son ellas.

Renval. Y quién es esa gente?

El criado. El señor de Vernelle...

Derbon. Mi notario!

El criado. (*Continuando.*) La señora de Derbon...

Derbon. (*Aparte.*) Cielos! mi muger!...

El criado. Y su señora hermana.

Renval. Es posible!... Que pasen adelante! (*Se va el criado.*)

Derbon. Qué haces, hombre?... Y si me ve aqui mi muger?

Renval. Y eso, qué importa?... No las he de dejar á la puerta.

ESCENA III.

DERBON. RENVAL. EMILIA. LEONOR. EL NOTARIO.

Renval. Qué dicha tan inesperada!... Ustedes se dignan venir á visitarme!

Emilia. El señor de Vernelle, nuestro notario, ha venido á dar parte á mi hermana de ciertas dificultades que se presentaban, y ella no ha querido resolver sin consultar á usted que es el albacea.

Renval. (*A Leonor.*) Esta señorita sabe que estoy siempre á su disposicion.

Emilia. (*Viendo á Derbon que tenia vuelta la espalda y procuraba ocultarse.*) Calla!... mi marido!

Derbon. (*Cortado.*) Sí, hija mia.... Sí!...

Emilia. Y yo que te hacia ya en la oficina...

Derbon. (*Aparte.*) Esto me lo estaba temiendo!

Emilia. Qué has venido á hacer aqui?

Derbon. He venido... he venido... á dar la enhorabuena á mi amigo Renval... que ya es casi ministro.

Leonor. De verás?

El notario. (Saludando.) Ab!... el señor es ministro!

Derbon. Lo supe al salir... esas noticias vuelan!..... vine á verlo... y me ha hecho quedarme á almorzar con él.

Renval. Y ahora espero que estas señoras se dignarán también acompañarnos.

Leonor. Lo que es yo...

Emilia. (Sonriendo.) Por mi parte no hay inconveniente... aquí tengo á mi marido. Pero tú... ya se vé... una soltera almorzar en casa de un soltero...

Leonor. No te burles!

Renval. Está en familia... y así no es mal visto. Con que, si antes de sentarnos á la mesa, quiere usted que hablemos con el señor, acerca de esas dificultades...

Leonor. Es indispensable, porque como yo no entiendo de eso... (*Renval la da la mano, y los dos con el notario se van por la izquierda.*)

Emilia. (Aparte mirándola.) Esta es la que se llama independiente!

ESCENA IV.

DERBON. EMILIA.

Derbon. Y tú no la acompañas?

Emilia. No hay necesidad: mi hermana ya es mayor... y está fuera de tutela. Además, tenía que hablarte.

Derbon. (Aparte.) Dios me asista!

Emilia. Tú tienes algo que me ocultas: desde ayer estás inquieto. Es algun disgusto?... alguna desgracia?

Derbon. (Con empacho.) No, hija mía.

Emilia. Si eso fuera, me lo dirías, no es así? porque tus penas son también mías... y no debes guardar para tí solo lo que es de los dos.

Derbon. Por supuesto!

Emilia. Pues á tí algo te atormenta! alguno de esos proyectos que se te han metido en la cabeza hace unos días.

Derbon. Sí: te lo confieso... es verdad... eso es! (*Aparte.*) Si yo pudiera hacerla consentir.....—No ceso de cavilar

en esas acciones que no me has querido dejar comprar. Te parece que probásemos hoy?...

Emilia. Y á qué fin?

Derbon. Toma! á ver si nos hacemos ricos...

Emilia. Para qué?

Derbon. Toma! para muchas cosas! En primer lugar, para no depender de nadie; porque ya veo, que la verdadera independencia está en los ricos.

Emilia. Lo mismo que en los pobres! La riqueza tambien lleva consigo mil obligaciones, mil disgustos, mil cuidados.... que tú no tienes ahora. Mira á mi hermana, que es rica desde ayer, no mas, y ya anda enredada en pleitos y en disputas: esa es cosa inevitable!... y entonces, se depende del agente, del procurador, del abogado, de los jueces... Siempre se depende de alguien, y esa independencia que tú te figuras, es una quimera que no existe en ninguna parte.

Derbon. Pero no podrás menos de confesarme que mi amigo Renval, en siendo ministro...

Emilia. Tu amigo, en siendo ministro, dependerá del rey... y el rey no puede nada sin las cámaras, y las cámaras dependen de la nacion, y la nacion eres tú y yo, y el otro y todos... con que ya ves que todos dependemos los unos de los otros! La sociedad está compuesta asi... y asi marcha perfectamente.

Derbon. Bien, muger, pero comprando acciones... especulando en la bolsa, no se depende de nadie.

Emilia. Se depende de todo el mundo!... de un accidente... de una guerra.... de una batalla.... se depende de todos los soberanos de Europa!—Créeme: déjate estar como te estás: el mas rico es el que desea menos: y tú qué puedes desear?... qué es lo que te falta? no tienes una muger y una hija que te quieren? no tienes paz y felicidad interior? no tienes buena salud y conciencia limpia?..... pues por qué no has de estar contento con tu suerte? Adolfo!... Adolfo! eso es ser ingrato con la Providencia! eso es provocarla á que nos quite lo que nos ha dado. Yo por mi parte, no la pido mas de lo que tengo... y me creo tan feliz, que no hay dia que no bendiga mil veces mi suerte.

Derbon. (*Abrazándole.*) Ah! sí!... tienes razon! Contigo, Emilia mia, soy mas rico que todos ellos!

ESCENA V.

DERBON. EMILIA. RENVAL. *Luego* EDUARDO.

Emilia. Es Renval!...! Jesus! si te ve abrazando á tu mujer!... qué humillacion!... Quitá... quita!...—Qué es eso!.. Se acabó la conferencia?

Renval. (*Caviloso.*) Poco queda.... Pero tengo precision de salir... Un negocio imprevisto reclama mi presencia.... (*A Eduardo que sale por el foro.*) Hola! qué noticias hay?

Eduardo. Se las diré á usted: acabo de ver á mi hermano..

Derbon. Su hermano de usted... el agente de cambios?...

Eduardo. Si, señor.

Renval. Ah!... esas noticias no me importan!... Decia si sabias algo acerca de nuestros amigos políticos?

Eduardo. No, tio, nada.

Renval. Se han reunido... y me han mandado llamar... Mira; haz compañía á estas señoras... vuelvo al instante. Parece que nuestra candidatura ministerial halla obstáculos... Ya se ha presentado otra... y los nuevos candidatos han sido llamados á palacio... (*A Emilia.*) Eso á mí no me desazona... como puede usted conocer... Pero siempre conviene saber... enterarsè... y... Conque... beso á usted los pies!... (*A Derbon.*) Estoy en ascuas! (*Se va por el foro.*)

ESCENA VI.

DERBON. EMILIA EDUARDO.

Derbon. Y yo tambien!

Emilia. Tú, por qué?

Derbon. Por él!

Emilia. Asi deben ser los amigos.

Derbon. (*A Eduardo.*) Con que usted viene de ver á su hermano el agente de cambios? Y qué hay de nuevo? Cómo van los fondos públicos?

Eduardo. Y á usted, señor Derbon, qué puede resarle?

Derbon. Nada!... Como decia su tio de usted...

En particular de los caminos de hierro... Mi muger y yo habíamos pensado comprar... Cómo está hoy ese papel?

Eduardo. El de los caminos de hierro? Arruinado.

Derbon. (*Aterrado.*) Santo Dios!

Emilia. (*Riendo.*) Eh? qué te decia yo? Ya ves como has hecho bien en no seguir tu capricho, y fiarte de mi.

Derbon. Sí, hija mia... sí!... (*Aparte mientras Emilia examina un papel que le da Eduardo.*) Y yo que lo he mandado vender!.. Una baja semejante en 25 acciones!... puede que no lo haga con dos años de sueldos! A quién le pediría yo fondos, para que mi muger no supiese?

Emilia. Dónde vas?

Derbon. (*Turbado.*) Voy... voy á avisar en la oficina, que almuerzo aqui.

Renval. Tienes mas que escribir!

Derbon. Sí... es verdad!.... Voy á escribir. (*Aparte.*) Ay! oficina de mi alma! cuando te veré yo!— Ahora que me acuerdo!.... Qué cabeza tengo!.... Tome usted.... (*A Eduardo.*) Tome usted la licencia para casarse, que se firmó anoche.

Eduardo. (*Tomando el papel.*) Doy á usted mil gracias por su eficacia; pero ya me es inútil: el casamiento no se verifica.

Emilia. (*Aparte con gozo.*) Será posible!— Ya me lo habia dicho su tio de usted... pero yo no queria creerlo.

Eduardo. Pues no, señora, ya no me caso: me voy de París.

Emilia. (*Aparte.*) Cielos!— A la orden de usted.— (*Aparte.*) Pobre Leonor! (*Se va por la izquierda.*)

ESCENA VII.

DERBON. EDUARDO.

(*Derbon está escribiendo: Eduardo, al lado opuesto, siguiendo con la vista á Emilia y embebido en cavilaciones.*)

(*Escribiendo.*) Todos estos amigos á quienes escribiendo, me van á decir que no tienen fondos... como si lo viera!.... porque los amigos...

en pidiéndoles dinero.... Pero no importa.... hagamos la prueba.

Eduardo. (Va á marcharse y se acerca antes á Derbon.)

Antes de marchar, permítame usted que le manifieste mi gratitud por las bondades que ha usado conmigo; nunca olvidaré lo que debo á usted, y la amistad con que su señora me ha honrado... y ojalá encuentre alguna vez ocasion para probarlo! Si en cualquier caso tengo la dicha de serle útil en algo, lo mismo que á usted....

Derbon. (Levántandose.) Es verdad!... pues á propósito.

Eduardo. Hable usted... y crea que mi vida... mi sangre...

Derbon. (Conmovido apretándole la mano.) Ah! es usted un buen sugeto!..... un verdadero amigo!..... pero sin embargo, tengo un empacho de decirle á usted!...

Eduardo. El qué?

Derbon. Y no lo hago por mí, sino por mi muger, que no me lo perdonaria... que me reñiria... solo por aborrrarle un disgusto, me dirijo á usted.

Eduardo. Pues bien!... vamos, diga usted!

Derbon. Pues bien! Ha de saber usted, amigo mio, que á mí se me hacia insoportable el ser empleado y depender de todo el mundo.... Conque se me metió en la cabeza ser rico, para no necesitar de nadie... para ser independiente... y por eso tengo que acudir á usted.

Eduardo. Cómo?

Derbon. Me he metido en una especulacion desgraciada.... estoy en descubierto... tengo un deficit... un deficit momentáneo... y como usted es soltero y rico....

Eduardo. Ah! qué me va usted á decir!...

Derbon. (Aparte.) Tampoco este amigo tiene fondos disponibles!

Eduardo. Despues de las ofertas que le he hecho á usted, si le niego simplemente este favor, acaso se figurará usted que.... No, aunque me cueste repugnancia, aunque el secreto no me pertenezca á mí solo... quiero descubrirse-lo á usted. Sepa usted que ya no soy rico... que no tengo nada!

Derbon. Cómo!... Un patrimonio tan bonito como era!...

Eduardo. Todo lo he comprometido por salvar á mi mano.

Derbon. Al agente de cambios?

Eduardo. Si, señor; á un joven honrado, que

tres y quiebras imprevistas, se veía al borde del abismo, y entregado á la desesperacion. He hecho por él... lo que usted y cualquiera hubiese hecho... Le he dado la mano... le he socorrido perdiendo mi patrimonio... pero he salvado su honor y el de la familia. Y aun no bastando todo mi patrimonio, he tenido que acudir á mi tío, que justamente esta mañana ha dado una suma considerable...

Derbon. Es posible?

Eduardo. Sí, señor: mi hermano ya se ha salvado: su crédito y su opinion se han restablecido. El prosperará, y me pagará algun dia; estoy seguro de ello; pero aunque lo pierda todo, no siento el dinero... sino el verme privado por esa fatalidad de ser útil en esta ocasion á un amigo como usted!

Derbon. Ya!... ya veo...

Eduardo. A Dios, amigo mío: repito que este es un secreto, y espero que me dé usted palabra de que nadie lo sabrá?... nadie! (*Le da la mano y se va.*)

ESCENA VIII.

DERBON.

No tiene fondos disponibles!..... Lo siento por él.... y por mí.—Y á quién me dirijo yo ahora? á mi amigo Renval... que ha tenido que prestar hoy á su sobrino esa suma... y que en esta baja perderá mas que yo?... No, no!... eso no es justo. — A los compañeros de oficina.... de sus ahorros...— Sí, sí!... ahorros un empleado! Al gefe de seccion... que nos convidó ayer... Y he de ir á descubrirle que juego á la bolsa!... yo, empleado del gobierno!... gefe de mesa!... Si fuera ministro... vaya!... pero á mí me puede eso perjudicar en mi carrera. Y luego... cómo lo digo?... cómo confieso? Ay Dios mío!... siento un sudor!... Cuando uno tiene deudas, es cuando depende de todo el mundo! Yo que no necesitaba de nadie! que estaba tan tranquilo... que era tan feliz... tan libre!... (*Quiere salir á Leonor.*) Ah! mi cuñada!... no me he arruido este recurso!... verdad es que no corremos en..... Pero en fin, es rica... es de la familia..... estar interesada...

ESCENA IX.

DERVON. LEONOR.

Leonor sale cavilosa y se sienta á la izquierda, en un sillón.

Leonor. Se va á marchar! Ah! dice bien mi hermana... ya no hay esperanza... no me ama!

Derbon. (Aparte.) Vuelta á empezar la historia con los mismos rodeos y preámbulos. Jesus, qué fastidio! (*Acercándose.*) Querida hermana!

Leonor. Ah, eres tú, Adolfo!

Derbon. (Con empacho.) Sí; yo que tenia que pedirte un favor, ó mas bien un consejo.

Leonor. Cuál?

Derbon. (Aparte.) Va á decirme que no... seguro.— Es cosa relativa á esa especulacion de los caminos de hierro... de la cual he tomado unas acciones, sin decirselo á mi muger.

Leonor. Ya lo sabia por el conde de Renval... y tambien me ha dicho que han sufrido una baja considerable.

Derbon. Te lo han dicho?... mejor. (*Aparte.*) Eso llevo adelantado.

Leonor. (Ap.) Por fortuna he hecho de modo que mi hermana no sepa nada... (*Mirando á Derbon.*) ni este tampoco.

Derbon. Pues sí, parece que ha habido baja... pero ya subirán... eso es evidente; y entonces... yo... (*Aparte.*) Nada; ella no me ayuda.— La cuestion no es mas que de esperar... pero ya se vé; un pobre empleado no puede á veces... ni tiene... Se le van los ahorros... y tambien el juicio... como á mí me sucede ahora...

Leonor. De veras?

Derbon. Vaya! Y puedes creer que si me atrevo á molestarte con esta confianza, que siento en el alma hacerte, es porque no puedo ya pasar por otro punto. He acudido á varios amigos... entre ellos á Eduardo Lambert.

Leonor. (Con indignacion.) Y te lo ha negado?

Derbon. No por cierto! qué mas hubiera querido que poderme servir! Pero, amiga, cuando se vé arruinado...

Leonor. Arruinado!.. quién?.. él?..

Derbon. No, no! no he dicho nada... Por vida de... Era un secreto.

Leonor. Yo lo guardaré!.. te lo juro!.. acaba... explícate... arruinado?

Derbon. Y por un motivo muy loable. Por salvar el honor de su hermano que iba á quebrar. Ya ves que no conviene que corra.

Leonor. Oh! yo lo callaré. (*Aparte.*) Será cierto? Tal nobleza!.. tal generosidad en Eduardo!.. Sí; no hay duda; ahora caigo... Se ha quedado sin nada, y como me veía rica, no ha querido deberme...

Derbon. (*Aparte.*) Está echando sus cuentas.

Leonor. Ay, hermano! querido hermano! si supieras qué dichosa soy!

Derbon. Conque no te enfadas conmigo?

Leonor. Al contrario.

Derbon. (*Aparte.*) Me va á prestar!

Leonor. Pero sabes de positivo?..

Derbon. Vaya si lo sé! Como que tengo que aprontar... unos... diez mil francos... poco mas ó menos.

Leonor. (*Aparte, viendo salir á Eduardo.*) El es! yo sabré la verdad.

Derbon. Conque si pudieras adelantármelos... sin que mi muger lo supiese...

ESCENA X.

DICHOS. EDUARDO.

Leonor. (*Fingiendo no ver á Eduardo.*) Me parece que no debes tener duda del placer que me causaría darle todo por tí y por mi hermana... pero eso sería si tuviese qué dar... Porque has de saber que mi dichoso caudal ha sido un sueño.

Eduardo. (*Acercándose.*) Cómo! si yo he visto en poder de mi tío el testamento...

Leonor. Cierto; pero hay otro posterior que lo anula. (*A*

Derbon.) Eso es lo que acaba de decirme el señor Ver-
nario... (*A Eduardo.*) y lo que le dirá á
el señor Renval, su tío.

Derbon. (*Algo.*) Cielos! es posible!

Derbon. Pero señor!.. no se puso usted ahora tan contenta?..

Leonor. Si; porque, gracias á Dios, me veia libre de esos pleitos y esos disgustos que ya me tenian loca... Sobre todo, uno...

Derbon. Es esto cosa del diablo? Todos mis amigos estan arruinados... parece que yo les he hecho mal de ojo!.. No importa; voy á moverme; á correr de ceca en meca; á pedir á todos... Malditos sean los diez mil francos! Daria veinte mil por no deberlos! (*Se va.*)

ESCENA XI.

EDUARDO. LEONOR *sentada.*

Eduardo. (*Acercándose á ella.*) Crea usted, señora, que siento á par de usted la pérdida de sus esperanzas.

Leonor. Un caudal que se ha poseido veinte y cuatro horas, no duele gran cosa el perderle.. no ha habido tiempo de tenerle apego. Otras penas hay mas dificiles de soportar... por ejemplo, la pérdida de un amigo... como me ha sucedido á mí. Usted tiene como consolar-se; pero yo... sola en el mundo...

Eduardo. (*A media voz y conmovido.*) Y si ese amigo que usted acusa, fuese siempre el mismo? Si le dijera yo á usted que ni el tiempo, ni la distancia, ni la misma indiferencia de usted han podido cambiar su corazón. Sí, Leonor, mucho la he querido á usted, y mucho he padecido para que mi amor haya podido borrarse del corazón! Quizá la razon y el honor me aconsejan que parta. Pero usted se ve sola en el mundo... sin amigos... sin medios... y el honor me manda ahora quedarme. Ah! bendigo esa desgracia que me permite amarla á usted, y sobre todo decírselo! Pero yo ahora, pobre de mí, no soy tan dichoso como en aquel tiempo; no tengo ya riqueza que ofrecer á usted!

Leonor. (*Aparte, llevando la mano al corazón.*) Ah, no no me ha engañado el corazón!

Eduardo. Y para que usted se resolviese hoy á participar de mi suerte, era preciso que me amase tanto como yo la amo.

Leonor. Es usted quien habla así? usted que me despreció!

Eduardo. Yo!

Leonor. Sí; usted, usted rehusó mi mano, cuando mi hermana... ó por mejor decir, yo misma se la ofrecí á usted.

Eduardo. Pues bien; es cierto... debí entonces hacerlo... y lo volvería á hacer!

Leonor. (*Aparte.*) Cielos!

Eduardo. Un hombre! deber á una muger su fortuna, su existencia... todo!.. y, so pena de ser ingrato, ponerse eternamente bajo su dependencia!.. No, eso no debe hacerse!... eso sería renunciar al propio decoro... envilecerse, aun á los ojos de la misma muger que hacia el beneficio!

Leonor. Cuando no se la ama!.. pero cuando se la ama...

Eduardo. (*Con empacho.*) No importa!

Leonor. Diga usted mas bien, aunque no se atreva á confesarlo, que eso lo hacia usted conmigo, y no lo hubiera hecho con otra. Usted se acordaba de aquellas necias ideas de independendia y superioridad que me han dominado... y no se atrevia á deber su felicidad ni aun á la muger á quien amaba.

Eduardo. Tal vez.

Leonor. Ah! no lo hubiera usted hecho, si hubiese podido penetrar en mi corazon... si hubiese usted visto cómo han logrado poco á poco el tiempo y la razon disipar los sueños que le hacian á usted padecer... y acaso tambien á mí! Pero ahora, gracias al cielo, tengo ya un guia, un amigo, un dueño... sí... ya puedo decirlo! de usted son mis derechos.: de usted mi libertad... de usted la independendia y el poder que tengo la dicha de abdicar!

Eduardo. Leonor!

Leonor. Pero, Eduardo, ya que le he descubierto á usted todo el secreto, y que soy suya... Sea cual fuere el cambio que sobrevenga en mi suerte ó en la de usted, sea cual fuere la desgracia que nos amenace, no se volverá usted atrás? no me abandonará nunca?

Eduardo. Qué dice usted?

Leonor. Me lo jura usted?

Eduardo. (*Viendo salir á Emilia por la izquierda y á por el foro.*) Sí!.. delante de su hermana de usted de mi tio, juro ser de usted!.. de usted

Renval. (Admirado.) Qué está diciendo!

Eduardo. Tío, usted que sabe mi triste situación respecto á intereses, dirá que soy un loco... pero qué he de hacer!.. yo no tengo ambición; y cuando se ama de veras, no se repara... Con lo que tenemos se procurará pasar...

Renval. Yo lo creo! El niño no es ambicioso... con cincuenta mil francos de renta..

Leonor. (Corriendo hácia él y queriendo hacerle callar.) Chit... cálese usted!..

Eduardo. (Volviéndose.) Ah! usted me ha engañado!

Leonor. (Con presteza.) Y usted me ha dado su palabra. —Ha jurado ser mio; mio para siempre, aunque sobreviniese cualquier desgracia... y ya que para usted lo es el ser rico...

Eduardo. Pero...

Leonor. Y en fin, si ese es un obstáculo, verá usted qué pronto desaparece, y me quedo á su gusto de usted.... limpia de dinero. Desde mañana hago lo que mi cuñado; tomo acciones en los caminos de hierro... juego á la bolsa.

Emilia. Cómo es eso!..

Leonor. Ay!.. que se me ha escapado!

ESCENA XII.

DICHOS. DERBON *por el foro.*

Derbon. (Pálido, azorado, abrazando á su muger.)

Emilia! Emilia! dame un abrazo... ya me he salvado... ya me he redondeado! Soy el mas feliz de la tierra!

Emilia. Qué tienes, hombre?

Derbon. El agente... mi papel... (*A Eduardo.*) Su hermano de usted... ha logrado vender.

Renval. Sin consultarnos... con una pérdida enorme.

Derbon. Nada de eso! Por su valor; ni pierdo ni gano... aproveché con mucho tino un momento de subida...

Renval. Pues es habilidad! Si no lo ha habido!.. al contrario...

Leonor. (Aparte, apretándole la mano.) Ca...

Renval. Ah! sí, sí; ya caigo! las noticias o...

batalla que se creyó ganada... y luego... Eso sucede con frecuencia... subir y bajar así...

Derbon. Y tú no te has aprovechado, como yo, de la buena coyuntura?

Renval. No, amigo mio.

Derbon. Siendo tan práctico en eso de bolsa! Eso prueba lo difícil que debe ser cogerle el tino.

Emilia. Razon mas para abstenerse.

Derbon. Y tanto! Una y no mas... Por poco me da una enfermedad. He sido un loco que no conocía lo dichoso que era. Un ciego que queria andar sin lazarillo... pero que ya lo vuelve á tomar. (*Abrazando á Emilia.*)

Renval. (*Acercándose á Derbon y dándole en el hombro.*) Tú has nacido para que te manden.

Derbon. Bueno! con tal que me manden bien. Y tú que tanto hablas!..

Renval. Yo! siempre soltero, amigo mio. El hombre de estado, el hombre público debe estar libre de toda cadena. Asi es que he desechado las ofertas del partido contrario... he renunciado á todas las ventajas personales que se me ofrecian; porque un tribuno, un mandatario del pueblo debe mantenerse lejos del poder.

Derbon. Segun eso no ha cuajado la candidatura?

Renval. Y doy mil gracias á Dios! Continúo siendo libre!... no perteneciendo mas que á mí solo!.... independiente! Ahora nos pondremos á almorzar en paz.... sin que nadie me moleste...

El criado. (*Saliendo*) Señor! Un portero de casa real.... que le esperan á usted en palacio.

Renval. En palacio?... voy.... voy corriendo!.... (*Vase apresurado.*)

Derbon. Y este es el que se llama independiente!

Emilia. Lo mismo que tú, y que yo.... y que todos! Adolfo, en esta vida no hay quien no dependa de alguien... y el que no de otras personas de sus propias pasiones. Nadie se escapa sin tiranos!.... Lo único que hay que hacer es saberlos elegir!

Eduardo. (*Abrazando á Leonor.*) Yo lo he elegido ya!

Derbon. (*Abrazando á Emilia.*) Y yo tambien!

FIN DE LA COMEDIA.

